

SELECTA



REVISTA MENSUAL

JULIO

AÑO II-N.º 4

1 PESO



SUMARIO

	Pags.		Pags.
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	127	Historia trágica, ilustraciones de P. Subercaseaux.....	135
Del verdadero y falso feminismo, por Eliodoro Astorquiza.....	129	Gorki, dibujo por M.....	139
Pensamientos de Ibsen.....	133	Esculturas de Quillivic.....	140
Historia trágica, por Juan Lorrain.....	134	Los feudos del sur de Chile (fotografías).....	142
El último libro de Gorki.....	138	Retrato de la señora Carmela Mackenna de Cuevas.....	145
René Quillivic, por Fernán Ruiz.....	140	Descanso del modelo, grupo de A. Marina.....	146
Los feudos del sur de Chile, por Ga'Verra.....	142	El frío en el convento, cuadro de Eduardo Grutzner.....	147
A propósito de Eleonora Duse, por Eduardo Zamacois.....	146	La Barricada, cuadro de Eduardo Detaille.....	148
Los Héroes, por Miguel Luis Rocuant.....	148	Ante el Tribunal, cuadro de T. B. Kennington.....	149
Flores de las selvas, por Wini.....	151	Flores de las selvas, dibujo de P. Subercaseaux.....	151
Jacinto Benavente, por Gabriel del Mar.....	153	Jacinto Benavente, ilustraciones.....	153
Un examen de conciencia, por Manuel Mackenna S.....	155	Un examen de conciencia (fotografías).....	156
Crónica del Centenario.—La ciudad de Santiago, por Benjamín Vicuña Subercaseaux.....	157	La ciudad de Santiago (fotografías).....	158
GRABADOS		PAGINAS EN COLORES	
Retrato de Mme. de A. y su hijo, por A. de la Gándara.....	126	La primera comunión, cuadro de Walther Firler.....	132
"25 de Mayo de 1810", cuadro de P. Subercaseaux.....	128	Una casa en Sevilla, acuarela de E. Candela.....	150
La Domadora.....	129	INSERCIÓN	
"La noche de verano se deslizaba entre mar".....	130	La barca en el puerto, cuadro de Mas y Tondevila	
Paolo y Francesca, cuadro de G. P. Jacomb-Hood.....	133		

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año II
Número 4

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Julio de 1910

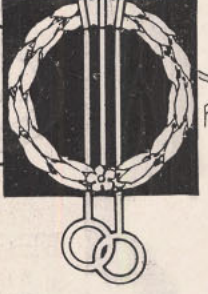
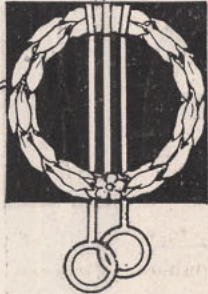
DIRECCION:
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



RETRATO DE Mme. DE A. Y SU HIJO por A. de la Gándara

(Salón de la Sociedad Nacional)—París



HECHOS Y NOTAS

ESTE año habrá de ser, sin duda, excepcional en la vida chilena. Vamos á celebrar el Centenario de nuestra independencia. La ciudad de Santiago se prepara, pavimentase las calles, se construyen á toda prisa obras y monumentos públicos destinados al adorno y lucimiento de la capital de la República. El palacio de Bellas Artes y la Exposición Artística é Histórica habrán de ser, probablemente, los números más importantes del programa. En esta como en otras circunstancias hemos visto la importancia que tiene la acción del Estado, y lo débil de la iniciativa particular entre nosotros. Es lógico, en países jóvenes como el nuestro, en el cual los particulares son relativamente pobres y el Estado es rico—y posee los recursos excepcionales del salitre—que se haga sentir de una manera excepcionalmente eficaz la influencia del Gobierno en el desarrollo de la riqueza pública, de la instrucción y de las Bellas Artes.

A pesar de que el año avanza, la vida de la sociedad santiaguina ha permanecido en lamentable somnolencia. Diríase que nos preparamos á celebrar el Centenario durmiendo la siesta clásica de nuestros abuelos, á calzón quitado, como se decía en el lenguaje pintoresco de antaño. No se oye hablar, como en años anteriores, de grandes bailes, ni de *matinées*, ni de fiestas particulares, á pesar de que nuestros agricultores se encuentran ricos y de que San Isidro se ha mostrado benévolo. La apatía que por todas partes encontramos, la indiferencia, la frialdad general en presencia del grande acontecimiento ya próximo, retratan de manera fiel uno de los pliegues del carácter nacional.

Hemos tenido, en medio de nosotros, una compañía dramática excepcionalmente buena. Rosario Pino y Emilio Thuillier dejarán el recuerdo imborrable de su arte exquisito. Los actores que les secundaban eran, casi todos, de notable mérito, y el cuadro artístico acaso el más completo que hayamos tenido entre nosotros, pues casi todos los grandes artistas como Novelli, Sarah Bernhardt y María Guerrero han venido rodeados de compañeros mediocres. Al teatro, sin embargo, no ha concurrido el público en la forma y con el entusiasmo que hubiera sido de creer. Contribuyen á esto, sin duda, circunstancias excepcionales, como el hecho de encontrarse el Municipal en plena época de reparaciones, casi abierto al aire libre, y sin caloríferos. La concurrencia, envuelta en sus gabanes, dentro de la sala, daba diente con diente. El hombre que tiene frío se emociona difícilmente, es un sér descontento de antemano. Y tiene razón, hasta cierto punto, pues la persona que contempla la Vénus de Milo con una temperatura de nueve grados bajo cero, no pensará en la belleza de la obra sino en el frío que siente. Además, aquello de representar noche á noche constituye una verdadera carrera de baqueta, tanto para los actores como para el público. A pesar de semejantes contratiempos, Rosario Pino y Thuillier han obtenido la amplia cosecha de aplausos que merece su brillantísimo talento de artistas de la gran escuela moderna de comedias.

D todas maneras queda en claro, de la actual temporada dramática, un hecho digno de ser tomado en cuenta, y es la grande afición, la afición creciente del público santiaguino por el teatro, aún en las condiciones excepcionalmente desagradables de incomodidad material, de falta absoluta de los principios elementales de *confort*, en que ha debido funcionar la compañía Pino-Thuillier. Artistas de grandes condiciones, siempre serán bien recibidos por nosotros. Ese entusiasmo del público es síntoma de una era nueva.

Creemos que ha llegado la hora de iniciar una campaña para la creación del teatro dramático nacional, en la misma forma en que lo han hecho y lo hacen grandes países como Alemania, Francia y España.

La Comedia Francesa y el Odeón, instituciones artísticas y sociales auxiliadas con fondos de Gobierno, han contribuído poderosamente á la esflorecencia de civilización que ha colocado á París á la cabeza del mundo latino. Las comedias y los teatros de París son algo así como grandes acumuladores de arte, de ingenio y de sentimiento. De todos los rincones del Universo acuden los viajeros á la gran ciudad francesa en busca de emociones artísticas. Los grandes problemas sociales más que en la prensa, aún más que en el Parlamento, se discuten hoy día en la novela y en el teatro. Las diversas situaciones de la vida, las costumbres de la sociedad moderna, sus estados de alma, pasan á la escena, se dilucidan gráficamente, animadamente, de modo objetivo y casi real, en el drama y en la comedia de Alejandro Dumas (hijo); de Alfredo Capus, de Bernstein, de Maurício Donnay, y de tantos otros ilustres dramaturgos que surten con su cerebro, de emociones á las multitudes, que les ofrecen asuntos de meditación, que tocan las heridas ocultas de las sociedades modernas. Y luego, el público, en vista de los datos que le presenta un relator artístico, se forma una conciencia y da un fallo soberano y definitivo.

Así como en la escena griega el coro representaba la voz de la justicia humana, en el drama moderno es el público el gran justiciero. Como ha dicho atinadamente alguien, en estos momentos de crisis moral, de desquiciamientos de antiguos conceptos sociales y de tradiciones, el teatro adquiere mayor importancia representativa. El drama es hoy día como un examen de conciencia de las multitudes: el mismo que hacían los ermitaños en el desierto, en las obscuridades de una roca ó de una celda, contemplando el Cristo de marfil, lo hacen hoy día las colectividades en sus reuniones de teatro.

Las almas tímidas necesitan ver en el escenario discutidos sus problemas interiores. Cada cual lleva una opinión, una idea, y del conjunto resulta el éxito ó el fracaso. Los aplausos tributados á la producción dramática vienen á constituir algo como un fallo. Se discute la solución moral de los hechos y se forma, lentamente, algo así como una conciencia colectiva.

Nosotros necesitamos también un teatro propio.

La iniciación de un teatro dramático, en los países de raza latina, requiere el apoyo del Gobierno. Desde luego se comprende que si bien el teatro esencialmente popular, es decir, del agrado de las masas, tiene mayores probabilidades de ser costado por el público, el teatro clásico, base de toda evolución dramática, necesita un público más selecto y más escaso que difícilmente lo costea. Si se le abandonara á sí mismo, es decir, á la mera protección del público, probablemente moriría ó arrastraría existencia lánguida. Por eso necesita el apoyo del Estado, por medio de subvenciones.

Además, el teatro, no debemos perderlo de vista, es elemento esencial en la educación y en la cultura artística de un pueblo. El teatro es obra de arte y obra, al mismo tiempo, de educación y de perfeccionamiento del alma nacional. No es dable calcular hasta qué punto han entrado en la mentalidad del pueblo inglés Shakespeare y sus admirables producciones, ni en qué forma han influido en las formaciones de su alma esas obras conocidas de todos los ingleses, esos versos aprendidos por los niños y recitados por los jóvenes. En las sesiones mismas del Parlamento, se escuchan

sus sentencias y sus versos repetidos por Fox, por Sheridan, por William Pitt, por Gladstone.

Un teatro nacional, evidentemente no habrá de iniciarse con producciones acabadas y definitivas. Hemos tenido, sin embargo, ensayos felices, como los dramas de Caldera y de Hübnér. Aún en los últimos tiempos ha comenzado á diseñarse una producción más abundante de comedias ligeras, como las del señor Hinojosa.

Las piezas en un acto sirven á los autores jóvenes para ensayar sus fuerzas, como el cuento al novelista. La compañía Pino-Thuillier ha puesto en escena últimamente un juguete cómico del señor Mackenna Subercaseaux, titulado "Examen de Conciencia", en el cual se revelan felices dotes para la escena, diálogo fácil, ingenio fino de hombre de mundo, y cualidades que prometen. El público lo recibió con aplausos.

Este ejemplo sería imitado por muchos jóvenes si tuviéramos compañías subvencionadas por el Gobierno y un teatro nacional con las mismas tendencias y en condiciones idénticas á las de los teatros europeos.

LUIS ORREGO LUCO



Del Verdadero y del Falso Feminismo

La doctrina moderna que tiende á hacer reconocer á las mujeres los mismos derechos civiles y políticos que posee el hombre, se llama, como es sabido, *feminismo*. Y he aquí una denominación que en mi vida he podido explicarme. Porque si la doctrina á que me refiero ha de recibir por fuerza un nombre terminado en *ismo*, este nombre debiera ser precisamente la antítesis del que ahora se emplea: *masculinismo*, ó más latinamente *hominismo*, es lo propio. Feminismo, á la simple vista, sería un sistema que tratara de que la mujer fuera más mujer todavía de lo que es en la actualidad, ó en términos más concretos, un sistema que tendiera á que la mujer se preparara mejor para desempeñar cumplidamente los deberes propios de su sexo. Pero el feminismo, tal como lo definí al empezar y como por lo común se le entiende, lo que persigue es que la mujer deje de ser mujer para convertirse en hombre.

El nombre no hace á la cosa, ya lo sé. Pero la propiedad en el modo de expresarse es siempre útil. Se evitan confusiones. Cuando el hominismo se da el título de feminismo, lo que hace es arrebatarnos á los verdaderos feministas un término á que tenemos derecho para designar con precisión una serie de ideas que nos son caras. En tal situación, no nos basta decir: somos feministas; se nos tomaría por todo lo contrario de lo que somos. Nos es necesario además explicar cómo entendemos el feminismo. Y es lo que haremos en este artículo.

El error inicial — y capital — del llamado feminismo, es una idea que, además de envolver un absurdo palmario, constituye una ofensa injusta que la mujer inflige á su propio sexo, se considera que el papel propio de este sexo, el papel de esposa y de madre, es una tarea inferior, que ha llegado el tiempo de sacudir, para elevarse al desempeño de las funciones que ejerce el hombre. (Electoral, diputado, municipal, carreras liberales, etc.). Ser orador de meeting, dictar leyes, defender pleitos: eso es superior. Criar y formar criaturas: he ahí lo pequeño, lo inferior. La mujer debe y puede aspirar á ser un grande hombre.

Sería difícil decir cómo y de dónde ha podido brotar esta extraña idea. Porque hasta este momento no se ha descubierto aún la norma, el criterio que permitan fijar de una manera matemática lo que en

la naturaleza es superior y lo que es inferior. Más exactamente, se puede afirmar desde luego que en la naturaleza no hay nada inferior. Todo es superior con tal que esté en su terreno. Lo inferior es que un órgano ó un ser que estaba destinado á desempeñar un papel pase á desempeñar otro para que no es apto. De una función que ejercía bien, normalmente, descenderá á otra que no podrá ejercer sino mal.

Cuando se quiere hacer de la mujer la émula del hombre, se olvida ese principio fundamental. Convertir á un sexo en rival del otro es como querer convertir al corazón en rival del estómago, ó, en el caso de un concierto, al violín en rival de la flauta. La naturaleza ha hecho á la mujer complementaria del hombre, no la ha hecho idéntica. El hombre proveerá á las cosas á que la mujer no provee, y vice versa. La mujer cuidará de la casa, formará el corazón de los hijos; el hombre trabajará por la subsistencia. He ahí toda una armonía. Introduzcan ustedes la mujer sufragista, la mujer candidato, y el desequilibrio reina. Porque, lo que las mujeres no quieren hacer, ¿quién lo haría? El feminismo no podría obviar esta dificultad sino descubriendo un tercer sexo.

La mujer es tanto más nuestra igual cuanto sea menos nuestra semejante. La frase es bastante antigua, porque creo que fué Michelet quien la dijo, pero es una frase que será de actualidad eterna, porque, en suma, es la exactitud misma. Los que sueñan con una utopía de identidad entre el hombre y la mujer, creyendo ingenuamente servir á ésta, harían bien en meditarla. Virilizar al bello sexo se reputa ser el medio más expedito de ponerlo al nivel del sexo masculino. La verdad

es que es el medio más expedito para rebajarlo. La mujer-hombre, en una lucha á campo abierto, será arrollada por el varón, y deberá someterse á las duras condiciones que le imponga el vencedor. Pero ante la mujer propiamente tal, el hombre se sentirá atraído con tanta más fuerza cuanto más mujer lo sea, quiero decir, cuanto más, por las cualidades de que él carece y que en ella observa, se le aparezca como su complementaria. Aquí, el vencido es siempre el hombre y la mujer impone las condiciones.

Las más empecinadas feministas reconocen que, bien mirado,



"La domadora"

hay cierta grandiosidad en ser simplemente una madre,—una buena, una inteligente madre. Pero, dicen, ¡cuánto más grandioso no es ser Presidente de una República! ¡Qué felices son los hombres, puesto que pueden aspirar á semejantes honores!—Esto es enteramente análogo á las preguntas que suelen hacer los niños: ¿cuál es el hombre más inteligente del mundo? ¿Qué es más: ser general ó ministro de Corte? Las respuestas no pueden ser sino infantiles, como la pregunta misma. Así, me excusarán ustedes si poniéndome en el caso de que un niño me preguntara sobre el mérito comparativo de los roles de madre y de Presidente, yo le haga este raciocinio:

“Hijo mío, ambas funciones, la de madre y la de Presidente, son considerables. Sin embargo, si tú quieres saber á toda costa cuál es más importante, te diré que me parece serlo la maternidad. Porque se concibe una madre muy completa, una soberbia madre, una madre histórica, como la de los Gracos, aún sin haber dado á luz un Presidente. Pero no se concibe un Presidente sin una madre que le haya inculcado las virtudes que lo han llevado á tan alto puesto. Pero, niño, al verme tan convencido de la grandeza evidente de la misión de una madre, no se te ocurra sacar de mi entusiasmo consecuencias disparatadas, como por ejemplo, la de que á un hombre le sería lícito hacer de madre, aunque fuera parcialmente, so pretexto de que no hay tarea más sublime en la tierra. Cada cual en su lugar. Por la inversa, aunque el puesto de primer mandatario es muy honorable, caería en un error la mujer que quisiera serlo. Ser Presidente, eso es para los hombres, y puedo agregar: para los hombres... muy gallos.

“En suma, querido niño, en esto como en todo no hay que exagerar, más bien dicho, no hay que invertir el orden de las cosas. Recuerdo á este propósito, lo que le decía en una carta á una de sus hijas, que estaba algo tocada de feminismo, un escritor francés de cuyo nombre no puedo, aunque quisiera, acordarme. Le decía, más ó menos: “Hay aquí (se refería á la casa de campo en que habitaba) un perrito muy mono, que me encanta y que hasta me acompaña á comer. Pero el disgusto que me daría verlo enfrenado y ensillado sólo podría compararse al que experimentaría si á mi caballo le diera por saltar sobre mis rodillas y tomar café conmigo... El error de algunas mujeres es creer que para ser distinguidas deben serlo á la manera de los hombres”.

Nadie aprecia lo que tiene sino cuando lo pierde, es decir, cuando ya es tarde. Esto se aplica á la salud como á todo. Una mujer que quiera tener derechos políticos es como una reina que quisiera ser diputado, ha dicho Juan Agustín Barriga. No podría expresarse más exactamente la desproporción entre la preeminencia regia de que la mujer goza, en cuanto mujer, y el minúsculo honor á que aspira, ni los engañosos motivos que inducen á la mujer á creer que asciende descendiendo de un trono. Hay en los empleos y ocupaciones del hombre, sobre todo en los que se refieren á la cosa pública, una especie de brillo, de prestigio, que contrasta con la aparente opacidad de las ocupaciones del hogar. Bien veo que, si yo fuera mujer, no dejaría de envidiar á veces al padre, al marido ó al hermano, que salen á la calle, discuten, pronuncian discursos, escriben en los diarios, son llamados distinguidos, están al cabo de los secretos de la política y de las relaciones internacionales, en suma, experimentan esta hermosa sensación de que el país marcha por ellos, de que ellos son la conciencia del país. Pero esas satisfacciones se pagan muy caro. Estos hombres que mueven ó se imaginan mover una nación, son los que pueden declarar con

más sinceridad que no es muy divertido ser hombre. Al decir esto, estoy pensando en tres ó cuatro personas, cuyo papel de conductores de pueblos lo único que les ha aportado son caras prematuras y un fondo inmenso de amargura en el alma. Lo repito, el precio de la influencia política es usurario. El feminismo hecho práctica sería para la mujer una demostración experimental de esa verdad, que hoy día cree una mentira interesada. La consecuencia es que se querrá volver á disfrutar de las pequeñas, pero diarias y positivas satisfacciones del antiguo orden de cosas, de este orden que era para la mujer una envidiable inferioridad. Sólo que entonces, como decía, será demasiado tarde.

Si esta manía de jugar al hombre que aqueja á algunas mujeres no tuviera más consecuencias que jugar á las escondidas, nada habría que decir: sería un sport como otro. Pero la tendencia hominista, sobre ser manifestamente absurda, porque quiere violentar lo que la naturaleza ha tenido buenas razones para establecer, tiene este otro inconveniente: que se gasta en locuras un tiempo precioso quitado á la obra del verdadero feminismo, de que pasamos á hablar.



“La noche de verano se desliza entre el mar”

Y aquí entramos en un orden de ideas práctico, de aplicación chilena. Lo dicho hasta ahora no tiene sino el valor de una información europea. Hemos repetido malamente lo que los hombres cuerdos del viejo mundo oponen á una plaga desastrosa. Pero en Chile el hominismo no existe. Sin embargo, no tardará en aparecer en nuestro país si no nos cuidamos con anticipación de hacerlo imposible. Y la única manera de hacerlo imposible es propagando ideas de bien entendido feminismo y poniéndolas en obra. El verdadero feminismo nos librará del falso feminismo.

Precisemos un poco más. La situación actual de la mujer en Chile, no hay que ser un lince para verlo, dista mucho de ser excelente. Lo que puede engañar á muchos es que este hecho no se revela por medio de manifestaciones palpables. No ha habido estallidos. Pero es que las manifestaciones de las llagas morales no se producen por el hecho de existir éstas; es menester que se llegue á tener conciencia de ella. No se lamenta el que es desgraciado, sino el que se sabe desgraciado. La desgracia ignorante de sí misma es como una felicidad. ¿Dónde he leído yo esta frase profunda: los negros de algunas tribus del Africa eran felices hasta que los europeos vinieron á enseñarles que eran desgraciados?

Ahora bien, llegará un momento en que la mujer chilena, sobre estar mal, aprenda que está mal. Y, naturalmente, querrá sentirse mejor. Deseo muy legítimo, pero que, de seguro, recibirá una traducción ilegítima, como ocurre en Europa, si no se la encauza por las vías de un feminismo racional. Partiendo de la base de que la mujer necesita perfeccionarse se incurrirá en el error de pensar que el mejor medio de conseguirlo es suprimiendo la mujer, metamorfoseándola en hombre. Es urgente prevenir ese mal, demostrar que la mujer puede y debe perfeccionarse, pero como mujer.

Si ésta se halla naturalmente destinada á ser madre, ¿no sería conveniente prepararla mejor para este rol? Y he aquí, desde luego, un ancho campo de acción para un feminismo inteligente. No es fácil formar una familia, es un arte que requiere una iniciación, pero hoy día se procede como si eso fuera la cosa más sencilla del mundo. La madre que tuvo la suerte de tener una madre inteligente, será, á su vez, una buena madre. Pero en general la mujer llega al matrimonio sin otro bagaje de preparación

que su buena voluntad y un poco de bordado y de piano. Se cree que para formar el corazón y el carácter de los hijos sólo basta el cariño. Mas, el cariño mal dirigido equivale al odio más reconcentrado.

Yo me admiro muchas veces de que ciertos hijos, educados por ciertas madres, no salgan unos idiotas. Porque, en vez de formarles el carácter, lo que se hace es largarlos á la vida indefensos.

¿En qué casa no se oyen todos los días estas exclamaciones: ¡Niño, que te vas á mojar! (el niño juega cerca de una pila).—¡Niño, que te vas á caer! (el niño está sobre un cajón).—¡Niño, que te vas á cortar! (él saca punta á un lapiz).—¡Niño, que te vas á quemar! (es que el muchacho enciende un fósforo), etc. Todo eso es cariño, no hay que dudarlo, pero es al mismo tiempo una especie de sistema "ad hoc" para formar un imbécil ó un muñeco.

La vida es toda ella un peligro; la muerte puede estar en una teja que cae; pero la madre que enseña al hijo á huir del aire, del agua, del fuego y hasta de su propia sombra, en vez de familiarizarlo con todo eso, lo expone todavía más al peligro, porque lo habitúa á no dominar los elementos con que estará en contacto toda su existencia, y á desconfiar de sí mismo.

Eso en cuanto al carácter, pero en cuanto á la formación de otros hábitos, suele ser todavía mucho peor. Tenemos los hogares donde la mentira es el estado normal, donde se miente á dos carrillos, donde miente el padre, miente la madre, y mienten también los sirvientes, para no ser menos que los patrones. Y tenemos aquellos otros donde existe una especie de mentira en acción, donde el niño se habitúa á pensar que la limpieza, la elegancia, el agrado, el confort, son para la calle ó para que lo vean los que llegan de la calle. Tenemos los hogares donde reina, como árbitro y señor, el grito, y sobre todo el grito para acallar otros gritos. Y tenemos aquellos otros donde es extrema la dulzura y extrema la severidad, de modo que el niño se acostumbra á medir la calidad de sus actos por el humor de los padres. ¡Y tantos otros tipos de familias modelos!

Si la madre necesita preparación para ser buena directora de almas tiernas, la necesita también para mantener su puesto de reina del hogar. El marido está provisto de una formación técnica que lo habilita para ganarse la vida. La mujer deberá ser más *ilustrada* que el esposo, en este sentido de que debe tener más ideas generales que él. El sabrá un arte ó profesión, ella tendrá más nociones de ese conjunto de conocimientos, difícil de precisar, que constituyen lo que se llama una persona culta. De este modo será propiamente la compañera de su marido, podrá aconsejarlo, inspirarlo, no habrá por que ocultarle nada, al revés de lo que ocurre cuando se trata de una pobre almita frívola y á obscuras.

Por otra parte, los hijos han crecido, han estudiado, han vivido. Un abismo se abre entonces entre el hijo y la madre, si ella no tiene ideas generales; se sentirá inferior, ya no puede dirigirlos, ellos saben mucho. La conversación de parte de ellos es una pura reticencia; se trata de no herirla en su ignorancia. Cuando el hijo es inteligente comprende bien que toda su ciencia no vale la suma de abnegación y de amor que ha gastado en él la que le dió el sér. Pero no es menos cierto que él siente que su madre ya no es más que un objeto de veneración y de cariño, pero ya no es una directora, ó lo es apenas.

Una mujer que conozca los menesteres de su sexo y que al mismo tiempo no carezca de luces: no concibo que haya un espectáculo más hermoso. Y esta reunión en una persona de la cultura y de la calidad de buena dueña de casa proporciona á la que lo posee pequeños placeres muy delicados. Cuando se la vea condimentar un guiso se dirá: ¿Creará usted que esta señora lee á Dante y á Tennyson? Y cuando se la vea leer el Dante ó á Tennyson se dirá: ¿Creará usted que esta señora sabe hacer un puchero á la perfección?

Pero el feminismo tiene que hacer algo más importante y más premioso que propender á la difusión de la cultura femenina. Si la maternidad es la gran misión de la mujer, no debe olvidarse á un núcleo de mujeres á quienes las condiciones de la vida impiden ser verdaderas madres, no ya moralmente, pero materialmente. Es la mujer obrera á la que me refiero. La situación de la mujer proletaria no es en Chile tan dura como en Europa (frs. 1.50 por trece horas de trabajo es normal en Francia). Pero se puede hacer mucho por aminorar esta gran desgracia: su alejamiento diario del hogar. Leyes que prohiban el trabajo nocturno de la mujer, que consagren el reposo legal de seis semanas antes y después del alum-

bramiento (no se me ocurren otras medidas por lo pronto) serían leyes muy humanas y plausibles.

La mujer solterona ó en inminente peligro de llegar á serlo, es uno de los grandes vehículos del falso feminismo. La mayor parte de esas ruidosas sufragistas con cuyas hazañas nos entretuvo hace algún tiempo el cable, son pobres mujeres agriadas, náufragas del matrimonio, que no perdonan á los hombres el haberlas despreciado. Su rencor se traduce en frases divinas. Una rabiosa feminista ha dicho: "La mujer es al hombre lo que el hombre es al gorila".

¿La consecuencia no es clara? Si el celibato forzado á que se ven condenadas miles de mujeres es lo que deposita en ellas ese germen de despecho que las induce á perseguir supuestas reivindicaciones, ¿no sería obra de buen feminismo propender á disminuir el tanto por ciento de solteronas? Es un hecho que los matrimonios son cada vez más raros. Se ha observado que los únicos que continúan casándose con fervor y que ponen una especie de pasión en esta tarea son los que no pueden sostener á su mujer ó los que no pueden vivir con ella, quiero decir, los que no tienen un centavo y los marinos. Hay en esto un fenómeno difícil de ser explicado, pero que existe. El resto de las gentes es cada vez más rehacio al himeneo.

Eso es un mal evidente. Pero aquí el remedio del mal está en manos del mismo bello sexo. Porque cuando éste afirma que no hay matrimonios por causa del egoísmo de los hombres, se incurre en una inexactitud. La verdad es lo contrario: la causa es el egoísmo de las mujeres. El hombre lo único que hace es defenderse, para lo cual, á fe mía, le asiste perfecto derecho. La mayor parte de las mujeres han llegado á concebir el matrimonio de un modo que infunde terror. El hombre concibe el matrimonio tal como debe ser: como vida de interior, como un refugio contra la farsa y la vanidad del mundo, como una torre de marfil donde se viva despreocupado de todo y de todos, como una verdad, en suma. Y observad este hecho notable: mientras el esposo ha sido más vividor, más disipado, comprenderá mejor la excelencia de la vida del hogar. En general, el mejor marido es el que ha sido peor soltero. Pero la mujer entiende (¿y necesitaré decir que son muchas las excepciones?) que el matrimonio no es cosa de interior sino de exterior, no una verdad sino una mentira. No se casa para ser feliz sino para demostrar que es feliz. El marido ha de ser tan esplendoroso que las demás mujeres rabien y envidien á la que lo posee. En síntesis, el matrimonio es la calle, es el lujo, es figurar. Mejor dicho aún: la mujer no es para el marido, es para todos, ó menos equivocadamente, para que la admiren todos.—Una niña enamorada se ha casado con un hombre que la adora, ambos pobres, van á vivir en el campo ó en provincias: mal matrimonio, pobre niña. ¡Cuando digo que el sexo feo hace bien en defenderse!

Una exquisita escritora italiana que se firma con el pseudónimo de "Neera", contestando á los feministas que dicen que hay que hacer algo por las mujeres que no encuentran marido, les dice: "Una sola cosa puede ser verdaderamente eficaz: encontrar el marido". En apariencia, esto no pasa de ser una frase. En el fondo, está lleno de sabiduría. Encontrar el marido, es posible, sólo que hay que obrar de modo que parezca que se trata de encontrarlo y no de hacerlo huir. Hay que convencerlo no sólo de que "se puede ser feliz, á pesar de ser casado" (es el título de un libro), sino aún, si es posible, de que no se puede ser feliz sino casado. Pero cuando se tienen sobre el matrimonio las ideas que he anotado más arriba, el hombre teme que ser casado y ser feliz sean cosas incompatibles.

Resumiendo: una formación de la mujer que la habilite para ser, llegado el caso, una esposa y una madre superior ó por lo menos pasable; una disminución de la cuota de solteronas, lo que sólo depende de la mujer misma; eso en las clases altas y medias; y en la clase obrera establecimientos de diversas medidas que impidan que la mujer sea sólo dueña de un hogar nominal:—he ahí algunos puntos de bien entendido feminismo que se ofrecen á las personas de buena voluntad.

Y, en conclusión, este artículo habrá sido sólo un artículo profiláctico, porque, como dije, entre nosotros el hominismo no existe. En cambio, en Europa existe demasiado. Se siente una especie de placer perverso al constatar este hecho, á la manera de aquel que habla con aire compungido del incendio del vecino, que él dice lamentar, pero que en el fondo lo regocija, porque él ha escapado indemne y porque eso le proporciona el más rico tema de conversación.





LA PRIMERA COMUNION
CUADRO DE WALTHER FIRLE

PENSAMIENTOS DE IBSEN

SE han publicado últimamente en Copenhague, tres volúmenes de Obras póstumas de Henrik Ibsen, consagrados especialmente á la génesis de los dramas del ilustre escritor. También entre los papeles dejados por él se encuentran sentencias muy interesantes é ingeniosas. Traducimos algunas inéditas.

★

Es una tontería hablar de hombres libres. No existen; el matrimonio, las relaciones entre el hombre y la mujer han corrompido la raza humana y puesto á los individuos el sello de la esclavitud.

★

El culto de la patria no es más que una etapa del espíritu humano.

★

Es inadmisibile que los sabios martiricen á los animales en nombre de la ciencia. Debieran los médicos servirse, para sus experimentos, de periodistas y de politiqueros.

★

La sociedad moderna no es una sociedad de hombres y de mujeres; es una sociedad masculina.

★

Desear y querer; nuestros más grandes defectos provienen de que confundimos estos dos términos.

★

La conciencia no es algo estable. Varía según los individuos y las épocas. La del campesino es anticuada. Las luchas de los partidos se traban entre las conciencias pasadas de moda y las conciencias nuevas.

★

Una aristocracia nueva va á crearse. No será ésta la del nacimiento ó de la fortuna, ni la del talento y del saber. La aristocracia del porvenir será la de la voluntad.

★

El cristianismo desmoraliza y paraliza de diferente modo á los hombres y á las mujeres.

★

Se dice que es inmoral el suicidio. ¿Qué será, entonces, vivir matando lentamente su "yo" por consideración al que dirán?

★

Hay dos clases de leyes morales, dos clases de conciencias. Existe una en el hombre y la otra en la mujer. Estas dos conciencias son extrañas la una á la otra; sin embargo, en la vida práctica se juzga á la mujer en conformidad á la ley del hombre, como si ella fuera un hombre, no una mujer.

★

En la sociedad moderna, debería la mujer, lo mismo que ciertos insectos, morir cuando ha cumplido su deber de trabajar por la propagación de la especie.

★

El individuo cuya educación ha terminado no es un producto natural, sino un producto artificial, como la raza criolla y ciertas especies caballares y caninas.

★

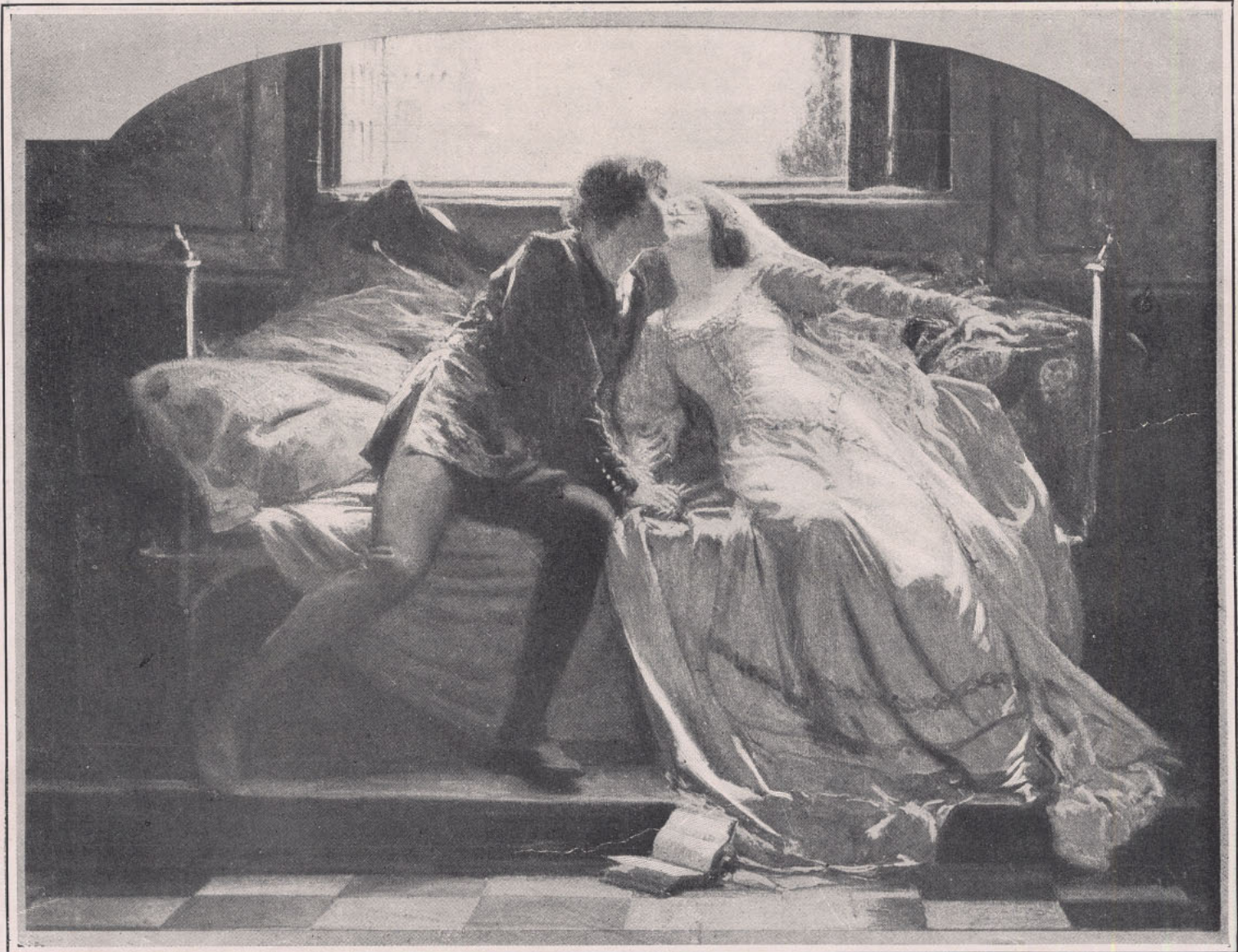
Deberíamos conquistar el mar. Deberíamos construir en el océano ciudades flotantes que transportáramos del norte al sur, según las estaciones. Eso vendrá... ¿Y nosotros no conoceremos esa felicidad.

★

Lazos misteriosos unen á la humanidad con el mar. Una especie de peces constituye un escalón en la vida orgánica. ¿Quedan de ella vestigios en el alma humana? ¿En el alma de algunos por lo menos?

★

El mar posee un poder de sugestión que se impone como una voluntad. El mar hipnotiza; la naturaleza entera lo hace. El gran misterio está en la dependencia del hombre con respecto á las fuerzas ciegas.



PAOLO Y FRANCESCA

CUADRO DE G. P. JACOMB-HOOD



Bartolomé Juan Salviati, marqués de Spoleto y duque de Vintimille, cuya familia proveyó de varios duxes a Venecia, y de gobernadores á Florencia, contaba ya cincuenta años y hacía quince que era viudo de María Lucrecia Belleverani, de los Belleverani de Nápoles, aliados de las familias ducales de Módena y de Parma, como asimismo de la casa de los Médicis, cuando se desposó en segundas nupcias con Simona Foscari, hermosa niña de veinte años apenas, en todo el esplendor de una juventud deslumbrante.

Simona, florentina de raza y por instinto, de la sangre de los antiguos Foscari, fatales á su patria, los Foscari de las asonadas, de las conspiraciones, de lo idilios trágicos y la traición, progeñe de criminales y voluptuosos, los hombres, hermosos como las mujeres, y las mujeres, bellas como arcángeles, no desmentían, por cierto, un proverbio popular en Italia, sobre la insolente belleza de los hombres y mujeres de su casa: "Los Foscari son tan hermosos que tentarían á Dios", blasfemábase entonces y blasfémase todavía en la llanura lombarda.

Una figura anónima de un discípulo de Leonardo y que bien pudiera ser la Foscari de esta historia, ya que en los catálogos se la intitula retrato de la "Marquesa de Spoleto", ha transmitido hasta nosotros su peligrosa hermosura. Relegada en una pequeña sala oscura del museo, solamente el azar ó el intento premeditado de hacerlo pueden descubrirnos la preciosa tela; pero quien quiera que haya contemplado en una ocasión sola esa cabecita rubia, no la olvida jamás. Según la curvatura que va desde el fondo á la nuca, es una cabeza chica, voluntariosa, obstinada, que sería malévola sin la languidez de los ojos, defendidos por párpados de demasiado peso; dos largos ojos sombríos, cuyas pupilas, extrañamente alejadas bajo los arcos superciliares, tienen rojizos resplandores de terciopelo abrasado. La boca es sinuosa, como de labios cincelados; la nariz recta y corta, de aletas dilatadas; los semiplanos del rostro definidos y fijos como esculpidos en piedra; máscara imperiosa de joven aventurera y de princesa, cabeza, en fin, de juventud y ardor pavoroso en su intensidad. El peinado está hecho de macizos bucles entrelazados con perlas y piedras verdes, formando, según la usanza toscana, un casco sobre la frente; el cuello es femenino, viperino casi por lo grácil y por lo largo, y surge como un tallo de un cuerpo de vestido ampliamente escotado, de un damasco azafranado que se adapta admirablemente al tono herrumbrado de la cabellera y los ojos. La carnadura mate, que bajo la influencia de la luz adquiere transparencias verdosas, evoca á un tiempo mismo la blandura de la cera y la dureza del metal.

Simona, casada en virtud de su real belleza y juventud triunfante, trajo á la ruda y pequeña corte de Vintimille las refinadas elegancias, las costumbres cómodas y las suntuosidades de las princesas florentinas.

Era en una pequeña ciudad de la frontera, más acostumbrada hasta entonces á la soldadesca de la guarnición que á la retahíla de los poetas juglares y los músicos, todo un séquito de artistas iluminadores de misales, modeladores en cera y recitadores de sonetos y baladas, que pululaban entonces en Lombardía y Tos-

cana, á sueldo de los ricos y poderosos; y que se lanzaban ahora en pos de la duquesa, esclavos de su fortuna, encantados los unos de su hermosura y los demás de su generosidad.

La vieja fortaleza se pobló con el ruido de las voces y de las risas, roces de sedas é instrumentos murmuradores, cuando antes sólo se oía el crujido de los vasos y el golpe de las alabardas, y, en las veladas de armas, el choque de los dados y los cubiletes. Durante todo el día y particularmente desde las primeras horas de la noche hasta las últimas del alba, sucediéronse en adelante los pizicatos de los mandolinas, el estertor sollozante de las guitarras y los versos de los poetas, tan pronto bien acentuados como balbucidos en éxtasis por voces acariciadoras, desfallecientes de amor. Así se convirtieron en salones galantes las viejas salas bajas, reservadas hasta entonces para los soldados de la guardia. Las paredes, antes desnudas, fueron adornadas con frescos. La joven duquesa hizo venir pintores de Fiesole y escultores de la Romaña, y su imagen, lo mismo bajo la figura de una ninfa que bajo la de una santa canonizada, embelleció los corredores y patios del palacio.

★

Andrés Salviati, hijo del duque y de María Lucrecia Belleverani, abandonó despechado el hogar paterno. Era un adolescente de aspecto miserable, ruín y magro, y de carácter taciturno, heredado de su madre. Tenía bellos ojos de color verde oscuro, que constituían el único encanto de su rostro de aborto. Eran estos ojos los que la altanera y plácida Simona encontró en Vintimille el día mismo de su arribo. La florentina y el hijo de la napolitana cruzaron sus miradas como dos aceros; pero del choque no brotó chispa alguna. Política como todos los de su raza, la duquesita se esforzó en atraer á su causa al hijo de la extranjera. Hízose maternal, zalamera y hasta esbozó algo así como una vaga promesa, sin conseguir, á pesar de todo, vencer la hostilidad creciente del manco.

Cansóse, al fin, de sostener una lucha inútil, y desdenando esta conquista esquiva, regresó de nuevo á sus placeres. En medio de una corte de músicos, pintores y poetas, constituyó el imperio absoluto, dulcemente despótico, de una reina de amor. El duque, enamorado, la dejaba hacer. Sordo á todas las observaciones, ciego de pasión, respondía á la maledicencia con estas solas palabras: "Es una Foscari". Verdad es que todos aquellos hermosos jóvenes florentinos como ella, eran más bien que séres de su raza, animales familiares, juguetes y bufones. Su orgullo la defendía de sí misma, y, por otra parte, sus caprichos se sucedían sin interrupción, de tal modo, que el favorito de la víspera estaba hoy, invariablemente, en desgracia. Cuando uno de ellos dejaba de agradaerla, le alejaba ó casaba con alguna de sus erizadas. Guillermó de Borre, trovador provenzal, seducido por el esplendor de Vintimille, donde durante dos meses se vió colmado de honores, debió huir á favor de las sombras de la noche y ganar la frontera á marchas forzadas, para no casarse con una vieja piamontesa, empleada en las cocinas, que un capricho de la duquesa le impuso de repente.

★

El viejo duque, subyugado cada vez más por su joven esposa, vivía, entre tanto, confinado en la parte antigua del castillo, en

la compañía de astrólogos y alquimistas, amigos de la duquesa, entregados á ella en cuerpo y alma, y que, según el rumor público, extraviaban la razón del noble señor en peligrosos experimentos de las ciencias malditas. Hacían bien, sin embargo, en distraer la atención de Bartolomé, ocultándole el comportamiento de la Perra Galga, como llamaban en Vintimille á la fina y flexible hija de los Foscari, rodeada de su jauria de perros florentinos y de galgos toscanos.

El escándalo era ya público; franqueando las fronteras, hacía entonces la alegría de Italia y de Provenza. Entre una multitud de favoritos—menuda morralla de la que daba cuenta semanalmente el lazo de los estranguladores ó el veneno de los alquimistas agregados al palacio—había tres italianos unidos por el interés común de su conservación y su crédito, que se repartían el favor ducal: Beppo Nardi, poeta formado en la corte de Aviñón y compositor de sonetos de la escuela de Petrarca, esbelto y fino caballero de un perfil de camafeo, rostro grave y enérgico, encapuchado siempre de terciopelo escarlata, y cuya musa festejaba todas las mañanas la juventud gloriosa de Simona; Angel Barda, músico mandolinista, compositor á ratos perdidos de lánguidas canciones, napolitano de origen, moreno aceitunado, con los ojos blancos azulados, de ardientes labios secos, violáceos como ciruelas, y Pedro D'Arlani, pintor y escultor á la manera de Miguel Angel,

tipo soberbio, musculoso como un atleta, de negros cabellos espesos y enrespados sobre una pequeña cabeza de Antinoo.

Aires de guitarra, poemas, sonetos y bustos de pintada cera formaban la atmósfera de voluptuosidad intelectual y de languidez dichosa de la corte, en las riberas del mar azul, reverberante y undoso, entre los laureles, rosas y palmeras de la playa y ante la solemne y vaporosa decoración del valle.

★

Y Bartolomé Salviati lo permitía todo. Los alquimistas acaparaban al duque, y de esta hermosa inteligencia, de esta voluntad segura y rápida, de este carácter decidido y audaz de viejo capitán, terror en otro tiempo de los enemigos de Italia, sólo quedaba un anciano encerrado en el más peligroso de los círculos.

Así lo había querido la duquesa; diez años le habían bastado para aprisionar el águila y convertirla en un viejo buho de laboratorio. Salviati no dejaba ya los hornillos y retortas en medio de los cuales la bella Foscari lo había confinado, y cuando por casualidad salía fuera de la parte alta del palacio donde se había refugiado, era para asistir, á ruegos de su esposa, á alguna fiesta, comedia ó baile organizado por ella, consagrando así, con su venerable presencia, el lujo y la licencia instalados en su corte.



Salviati no dejaba ya los hornillos y retortas en medio de los cuales la bella Foscari lo había confinado...



A sus pies yacían en un plato las tres cabezas ensangrentadas...

Y seguros de su impunidad, los favoritos se alentaron y la audacia de la duquesa se atrevió á cosas mayores todavía. Perdiendo toda prudencia, aconsejada quién sabe por qué genio maléfico, la aventurera resolvió aparecer personalmente en las tablas, delante de la corte y al lado de tres amigos, que tendrían un papel cerca de ella, en una comedia ó baile de circunstancias, donde cada uno confirmaría su talento.

Tratábase, como se ve, de una valentona de mujer ebria de fuerza, desposeída de orgullo, vibrante de pasión; con todo se resolvió llevar á cabo el proyecto, dándose comienzo á los preparativos con la anticipación necesaria. La duquesa de Vintimille encomendó el libreto á Nardi, la música á Barda, y las decoraciones á Pedro, imponiendo á todos el asunto y dirigiendo en persona los trabajos. Y cuando Nardi y Barda le presentaron, terminada al fin, la "Muerte de San Juan Bautista", que ella les había confiado, Simona halló que la obra era maestra, porque á través de los conceptos de poesía de asonancias y preciosidades, reconoció la idea que les había sugerido, sin que las insípidas melodías del napolitano alteraran gran cosa el bello horror del drama escogido por su alma trágica. La muerte de San Juan Bautista, la degollación del Precursor, la leyenda de sangre que obsedía entonces á todo el Renacimiento italiano, Herodes y Salomé, los dos terribles personajes que han tratado todos los pintores de aquella época y cuyos cuadros nos han legado el tipo de la Salomé que nos es hoy familiar, la había atraído en primer término. Y á ella, princesa de Florencia, marquesa de Spoleto y duquesa de Vintimille, era la doncella que le placía evocar, encarnar, vivir durante una tarde delante de todo un pueblo.

★

La duquesa había dividido el drama en dos cuadros: el encuentro de Salomé con el Precursor en los corredores del palacio; el santo preso entre dos guardias; la princesa, tal vez menos apiadada

que curiosa, ofreciéndole primero de beber y tendiéndole luego una flor; el desdén del santo, la insistencia de Salomé, el furor profético y el anatema del asceta, pidiendo el fuego del cielo para la tentadora. En el segundo cuadro se veía á Herodes en su trono, en medio de los dignatarios de su corte, la entrada de Salomé y el siniestro convenio discutido entre la princesa y el rey; después, una vez efectuada la fatídica danza, Herodes mantenía su promesa y el verdugo traía la cabeza de San Juan.

La Foscari distribuyó los papeles: Beppo Nardi, el poeta, ocuparía á su lado el sitio de Herodes; Angel de Nápoles, con su ardiente cabeza demacrada, sería el Precursor; su flacura y sus ojos brillantes le indicaban como á propósito para encarnar al huraño devorador de langostas. En cuanto á Pedro D'Arlani, su gigantesca talla y su enorme musculatura le señalaban el papel de verdugo; permanecería inmóvil, cimitarra en mano, detrás del santo, arrodillado durante toda la danza; luego, tomando al profeta por la espalda, le arrastraría fuera de la escena, para volver al cabo de un momento con su cabeza en un plato.

Con una alegría infantil y la ciencia de detalles que las mujeres aplican en estos casos, la duquesa se ocupaba también de los trajes y la decoración de la sala, buscando para ello telas de Oriente y terciopelos preciosos. Se dirigieron pedidos á Venecia y se enviaron mercaderes judíos á Génova para que eligieran allí tapices de Damasco y sederías de Tiro. Hicieron venir también, á precio de oro, bailarinas de Bérgamo que regularían los tiempos del baile de Salomé y enseñarían á la duquesa todos los recursos de la danza, para que apareciera en las tablas como una almea de los países berberiscos. La orquesta del palacio fué reforzada con quince músicos y las viejas tapicerías de la familia Salviati, representando la vida de la Virgen, fueron sacadas de sus cofres de madera de alcanfor, donde se las guardaba por ser tenidas en un precio inestimable, sin usarlas más que en las grandes fiestas, en ocasión de los casamientos de los duques y los bautismos de los niños varones. Convirtió el patio del castillo en sala de espectáculos, y, talando los

antenueros de la fortaleza, hizo demoler veinte metros de murallas de las que daban al mar. Los picos y los azadones hicieron presa en las piedras de granito colocadas por Humberto el Fuerte, formándose así una bahía luminosa y azul, á diez metros de altura, sobre el infinito del golfo, á través del muro.

Simona había elegido precisamente para el fastuoso escándalo el aniversario de sus bodas. Llegó éste por fin, y la maravillosa tapicería de los Salviati fué extendida en los estrados del patio, á la sombra de los terreones y atalayas.

★

Un dosel de brocado con los colores del ducado se erguía al frente de la escena, en el medio mismo de las hileras de asientos, reservado para el viejo Bartolomé y su séquito de sabios. El espectáculo estaba anunciado para las tres de la tarde, y cuando llegó la hora, la multitud, amontonada en las gradas, daba visibles muestras de impaciencia ante la ausencia del duque.

Después de una espera de tres cuartos de hora, la orquesta entabló un concierto de flautas y violines, y los tapices que ocultaban la bahía se descorrieron. El duque hacía saber á la duquesa que no debía esperarlo por el momento, y que podía comenzar la fiesta sin él; habiendo sido víctima de una indisposición pasajera al abandonar sus habitaciones, pedíales diez minutos para reponerse, en la seguridad de que antes de un cuarto de hora vendría á presenciar la danza de Salomé, en la cual deseaba ardientemente admirar y aplaudir á la duquesa.

Y el espectáculo comenzó, en una atmósfera de vaga angustia, porque, verdaderamente, no se había sospechado que la audacia de la hermosa Simona llegara nunca tan lejos.

La figura ondulante y fina de la duquesa, convertida en princesa de Judea, se destacaba sobre la escena, envuelta en pesadas telas asiáticas, frente á un antiguo tapiz flamenco, que simulaba los frescos de un corredor. Una después de otra, tendía á San Juan—Barda—una rosa, luego una copa, después los brazos.

Bartolomé no aparecía.

El primer cuadro había terminado, y se comentaban en la sala las novedades que se reservaba el segundo. La principal era una espantosa cabeza de Barda, modelada en cera por D'Arlani, y que á la lividez de la muerte sumaba el horror de la sangre del suplicio, que le bañaba el rostro.

Descorrióse nuevamente el telón, y, sobre el azul del cielo y del golfo, que llenaba de claridad el patio del castillo, se destacó Nardi—Herodes—rodeado de dignatarios y esclavos, vencido por el peso de la púrpura y la mitra. Próximo á él estaba el escultor D'Arlani, dominando á todos con la estatura, soberbio en la ostentación de sus músculos y el torso ceñido por una estola blanca. Y entre los pizicatos de las mandolinas y un ritmo ligero y saltarín como un tintineo de campanillas, música extraña, por cierto, á la que se unían de vez en cuando voces débiles de flautas y lánguidas invocacio-

nes de guzla, apareció Simona, fina como una aguja, enfundada en un medio traje de seda verde, mordorada y reluciente como la piel de una culebra, interrumpida aquí y allá con grandes rosetones de azabache. Avanzaba radiosa y como embebida en su atavío, pálida bajo los afeites, agrandados los ojos por el Kohl y estrechada la frente por el peinado de tiara, como un firmamento constelado de estrellas. Pesados arameles temblaban sobre su frente, y suspendido al extremo de una hilera de perlas descansaba un ópalo en su seno.

★

Bailaba, y en sus grandes ojos y en la sonrisa de sus labios apareció de pronto una sombra de espanto. El duque acababa de tomar asiento en su trono, y, cerca de él, de pie y en actitud respetuosa, pero con los ojos llenos de amenazas, estaba Andrés Salviati, el proscrito, el desterrado, el hijo caído en desgracia, el enemigo de Simona, que había regresado.

Era á él á quien miraba la duquesa, sin ocuparse casi de Herodes, de San Juan arrodillado detrás de ella, ni del verdugo en pie junto á su víctima. Con la mirada fija como la de un alucinado, Simona bailaba; pero cuando la danza terminó y ella se volvió hacia Herodes para pedirle la cabeza del blasfemador, un grito horrible brotó de todos los pechos. La duquesa, con la boca enormemente abierta, no pudo hallar un sólo sonido en su garganta apretada.

El duque acababa de levantarse, apoyándose con una mano en la espalda de su hijo, mientras que con la otra hacía un signo, ante el cual cayeron á los pies de Simona tres cabezas cortadas. Verdugos situados entre los figurantes habían ejecutado estrictamente la orden. Un triple golpe de hacha había decapitado á San Juan, á Herodes y al verdugo: un mismo castigo había caído sobre Nardi, D'Arlani y Barda.

—Han pagado—fueron las únicas palabras del duque al retirarse.

A la tarde de ese mismo día, una mujer volvía en sí en medio de las tinieblas vacilantes de una celda iluminada con cirios, como una capilla ardiente, y cuya puerta y ventana habían sido tapiadas, porque la condenada no debía salir jamás. A sus pies yacían en un plato tres cabezas ensangrentadas, jóvenes, lívidas, de pupilas convulsas y cabellos erizados todavía de horror. La mujer, centelleante aún de joyas y de sedas, retrocedió instintivamente, y al hacerlo se deslizó de sus ropas un pergamino sellado con las armas de los Salviati. Simona lo recogió del suelo, y, desdoblándolo, leyó este adiós de un anciano:

“Vos que los amastéis vivos, amados muertos, señora. Os ha placido vivir con ellos y por ellos, y os será dulce morir también con ellos, que murieron por vos”.

Y dando vuelta á la hoja, la duquesa halló estas líneas consoladoras:

“Pero yo también os he amado, Simona; lo recuerdo y tengo piedad: sus labios están envenenados...”

JUAN LORRAIN





LA BARCA EN EL PUERTO - Cuadro de Mas y Tondevila

El último libro de Gorki

La crítica literaria de Europa, al examinar *El Espía*, la nueva obra de Máximo Gorki, confirma el juicio que de este escritor potente y rudo se ha formado el público universal.

El libro del novelista ruso no ha llegado aún á nosotros, por lo cual creemos que interesará á los lectores de "Selecta" conocer el asunto que trata Gorki en *El Espía* y más aún saborear el intenso capítulo que, como primicia, les ofrecemos.

Por lo que hace al asunto de *El Espía*, he aquí como lo explica Gaston Rageot:

"El héroe del libro, Eoséi Klimkof, ha conocido poco á sus padres—pareciéndose en esto á casi todos los personajes de Gorki y al mismo autor. Educado por un tío herrero, vapuleado por un primo, puesto desde muy niño al servicio de un viejo que él mismo vió cómo fué asesinado por una mujer de la cual llegó á ser él amigo; su historia, llena de mil peripecias, es la de una especie de desvergüenza y vagabundaje moral. A pesar de él, por la fuerza de las cosas y su debilidad de miserable, encuéntrase reducido á la envidiable y despreciable situación de espía, es decir, de agente de la policía secreta. Siempre ha sentido repugnancia por ese oficio, al cual se ha resignado por miedo. Especialmente siente el disgusto de su profesión cuando, al encontrar al primo aquel, joven, alegre y hecho un revolucionario, entra en conocimiento con una de esas dulces muchachas que entregan toda su dulzura y toda su juventud á la causa del pueblo. Esta causa poco á poco lo seduce á él mismo, después que ha denunciado á sus amigos, por deber, por deber profesional de espía. Pero, si los revolucionarios lo han seducido, es demasiado tarde y es él demasiado débil para darse á la revolución; sería como una traición, ya que su oficio es ser espía. Pero este oficio tampoco puede continuarlo y habiendo tratado de ahorcarse, sin resultado, se hace aplastar por un tren.

"La idea directriz de esta novela de Gorki parece ser la de demostrar ante la soberanía de la miseria y de la vida envilecida de la mayoría, la todopoderosa seducción de la revolución, que cautiva hasta á los espías, á los agentes secretos encargados de vigilarla y denunciarla. El interés de la obra está en la abundancia y en la variedad de tipos que Máximo Gorki, con el relieve y la conciencia que le son habituales, ha sabido entresacar de un mundo poco conocido y que él conoce demasiado bien.

"Ese mundo es un mundo de funcionarios, ante todo. Esos espías ejercen sólo una profesión, en la cual tratan principalmente de hacer lo menos posible. Antes de entrar en la "Secreta", Eoséi creía que esas gentes nada ignoraban, que todo lo tenían en sus manos, que en todas partes contaban con amigos y auxiliares, que de un golpe podían apoderarse de los enemigos de la sociedad. Esperaba encontrar rostros severos, bocas mudas ó que no proferirían sino palabras raras, de significaciones misteriosa. Suponía á esas gentes dotadas de la más sutil perspicacia, capaces de penetrar todos los pensamientos ajenos, de adivinar todos los secretos. Desde que le fué dado estudiarlas de cerca, advirtió, al contrario, que no poseían ninguna facultad extraordinaria".

... "Tal es la última novela, traducida entre nosotros, del autor de *Bajos fondos* y de *El Anunciador de la Tempestad*. Si no es la mejor, es, lo repito, uno de los más curiosos documentos de información que nos haya proporcionado ese vagabundo genial. Esta obra debe contribuir al acrecentamiento de la gloria extraña y magnífica de un escritor que, presentado hace tiempo por Mme. Ivan Stranik, estudiado por M. de Vogüé, está consagrado hoy día; de un escritor á quien hay que perdonarle todas sus amarguras, todas sus audacias y sus violencias, á causa de su

vida, que las explica, y de su talento de artista, que las transfigura".

Damos á continuación la traducción de uno de los capítulos más emocionantes de *El Espía*:

LA MUERTE DEL ESPÍA

Aquellos gritos continuó oyéndolos por largo rato. Parecía que una gran muchedumbre se arremolinaba tras él y lo perseguía silenciosamente, sin tocar el suelo, tendiendo hacia su cuello mil manos largas y ganchudas, que le rozaban los cabellos. Esa muchedumbre lo torturaba, se entretenía con él, desaparecía para aparecer de nuevo. Tomaba él un coche y luego, al cabo de un momento, descendía y se echaba á correr; subíase á un fiacre, pero siempre sus perseguidores estaban próximos y eran tanto más terribles cuanto que eran invisibles.

Se sintió más tranquilo cuando advirtió ante él la muralla sombría y dentada de un bosque. Se abalanzó, se internó, haciendo ademanes bravíos, como para juntar los árboles detrás de él. Cuando llegó al fondo del barranco, sentóse sobre la arena fresca, luego se levantó y se fué por la orilla del arroyo, casi sofocado, cubierto de sudor y ebrio de susto. Ante él se abría un claro y púsose á escuchar, dió algunos pasos, silenciosamente, y estiró el cuello. La vía férrea pasaba por allí; al otro lado del talud se perfilaban todavía algunos árboles, pero ya diseccionados y escasos, y al través de sus varillajes se dibujaba un techo gris.

Eoséi se volvió rápidamente y caminó á lo largo del barranco, regresando al sitio en que el bosque era más oscuro y más enmarañado.

—¡Me atraparán!—pensó.

Esta fría certeza le impulsó á seguir.

—Me atraparán... Me buscan ya, sin duda... Corren tras de mí...

Armoniosos y dulces rumores llenaban el bosque. La delgada escarcha del arroyo crujía bajo sus pies.

Klimkof se sentó, inclinóse y se llevó á la boca un trozo de hielo. De pronto dió un salto, trepó la pendiente abrupta del barranco, se quitó el cinturón y los tirantes y los amarró. Examinó en seguida con cuidado las ramas que había encima de su cabeza, calculando.

—No, no conviene que me quite el gabán... Así estaré más pesado y concluiré más pronto.

Apresuróse: sus dedos temblaban. Involuntariamente levantábase sus hombros como para ocultar el cuello y un pensamiento de temor le atormentaba.

—¡Despachémonos, ó voy á ser cogido!...

Un tren pasó con estruendo por la orilla de la floresta y los árboles comenzaron á estremecerse. Tembló la tierra, un vapor blanco surgió entre los ramajes, avanzó furtivamente y se desvaneció en seguida, como si hubiera querido espiar al hombre y ocultarse.

Una bandada de pájaros apareció. Gorjeando con entusiasmo brincaban entre las ramas sombrías y su agitación afanosa precipitó el movimiento de los dedos fríos é indóciles de Eoséi.

Cuando hubo pasado por un gancho el nudo corredizo que acababa de hacer con su correa, Klimkof tiró de él para probar su solidez. No cedió un ápice. Entonces, con la misma prisa, hizo otro nudo corredizo con los tirantes, que había forcido. Cuando todo estuvo listo, suspiró:

—Ahora, hay que orar...

Pero las palabras de la oración no acudieron á su memoria.

Reflexionó algunos segundos. Las palabras aparecían y desaparecían de pronto, sin llegar á formar frases.

—Raïssa conocía mi suerte,—pensó de súbito.

Y pasando la cabeza por el nudo, dijo lentamente y en voz baja, sin temblar en su interior:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Después de haber golpeado el suelo con el pie, saltó en el aire y plegó las rodillas.

Sintió en la cabeza un violento y extraño dolor, como si alguien acabara de asestarle un sablazo de plano. Aturdido, cayó cuan largo era sobre la dura tierra, y rodando sobre sí mismo se vino abajo, enredándose en las raíces de los árboles, golpeándose la cabeza contra los troncos. Y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, vió que se encontraba sentado en el fondo del barranco. Los tirantes rotos pendían sobre su pecho; su pantalón había estallado y, por las desgarraduras, sus rodillas lastimadas hasta verter sangre, mostrábanse lamentablemente. Le dolía todo el cuerpo, sobre todo el cuello y parecía que el frío le arrancaba la piel. Echando la cabeza hacia atrás, Eoséi miró á lo alto del barranco. Allá arriba, colgado de una blanca rama de abedul, la correa se balanceaba, semejante á una delgada serpiente, y lo llamaba.

—¡No puedo!—dijo mentalmente Eoséi, desesperado. No puedo, no sé cómo hacerlo...

Y se puso á llorar de impotencia y de humillación. Echado de espaldas, veía á través de sus lágrimas el cielo turbio y melancólico que los negros ramajes orlaban con sombríos dibujos.

Permaneció así un largo rato, á pesar del dolor y del frío, envuelto en su gabán. Sin quererlo, sin evocar el recuerdo, su vida bravía é insensata pasó toda entera ante él, desfilando á sacudidas, vacía de alegrías y de esperanzas.

Una cuerda solitaria temblaba y resonaba lúgubremente en el pecho de aquel hombre joven y el triste tintineo vibraba á lo largo de sus huesos. Bajo el frío del crepúsculo, el cuerpo seco y pequeño se apegaba más y más contra la tierra poderosa y firme.

Varias veces los trenes que pasaban llenaron el bosque de trepidaciones y de aullidos, de nubes de humo y de rayos de luz;

y esos rayos se deslizaban por los troncos de los árboles como para interrogarlos, como para atisbar si alguien se había ocultado tras ellos. En seguida se desvanecían, trémulos y fríos. Cuando cayeron sobre Eoséi, éste se levantó penosamente y los siguió en la penumbra. Detúvose en la linde del bosque y apoyado en un tronco esperó, con el oído atento al ruido lejano de la ciudad. Caída la noche, el cielo tornábase azul obscuro y un halo pálido se formaba poco á poco por encima de la población. Encendían las

luces para coger á la noche.

Mugió á lo lejos un rumor estruendoso, que hizo resonar los rieles: un tren se aproximaba entre las tinieblas, guiñando sus ojos rojos y la sombra lo perseguía, haciéndose más espesa y más negra. Tan rápidamente como le fué posible, Eoséi trepó al talud, se arrodilló y luego se tendió de costado al través de la vía, con la espalda vuelta hacia el tren, el cuello sobre el riel y envuelta la cabeza en un faldón del gabán.

Durante algunos segundos, el contacto quemante del hierro le fué agradable, pues aliviábale el dolor que sentía en el cuello; pero los rieles temblaban y cantaban cada vez con más fuerza y la tierra vibraba sordamente.

Llegó el tren, lento y pesado, ensordecendo á Eoséi con el chocar de las cadenas y la cadencia regular de las ruedas golpeando los intervalos de los rieles. Los chorros de vapor casi le daban en la espalda. Todo se estremecía en torno de él.

Aterrorizado, se irguió de súbito y corrió á lo largo de la vía aullando: ¡Soy culpable!... Soy...

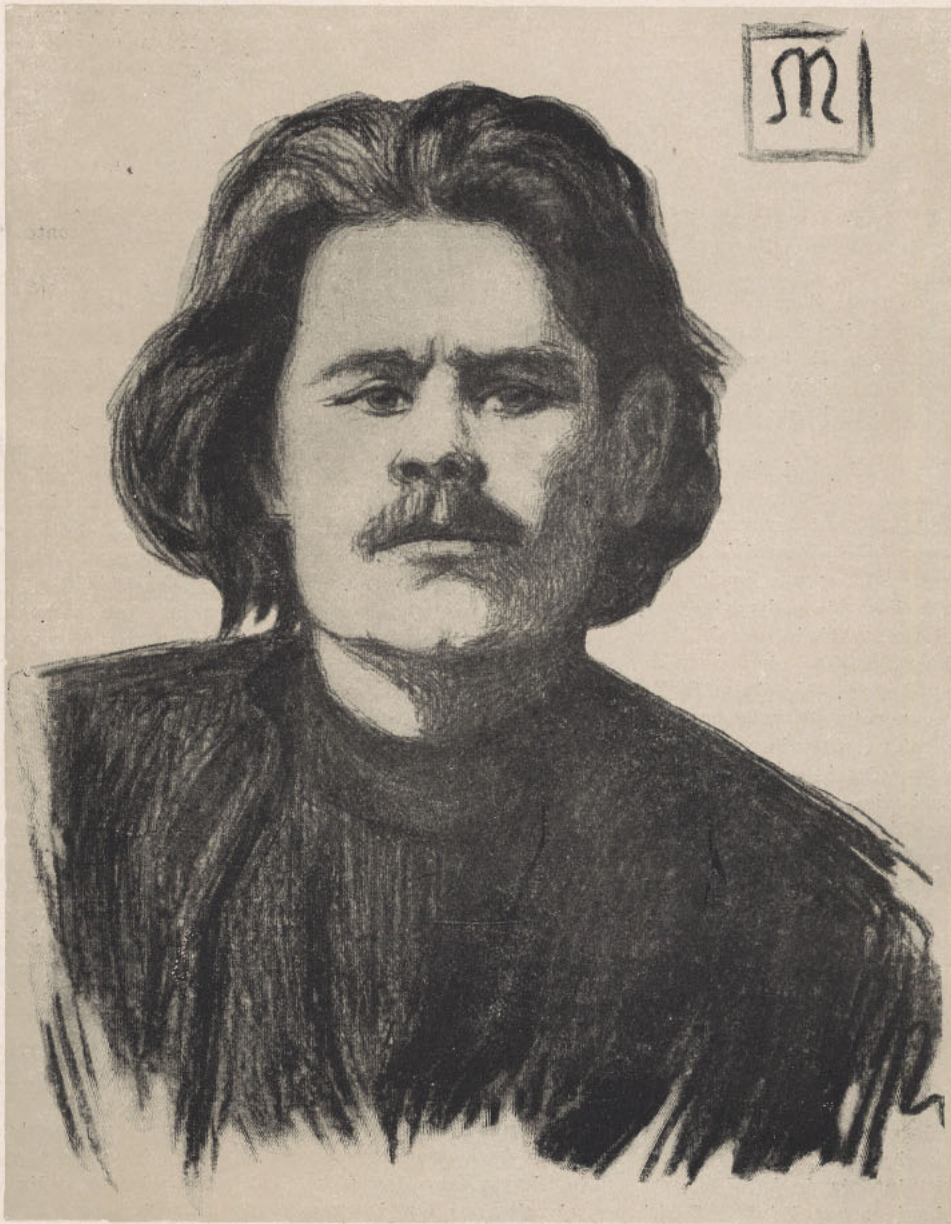
Dos rayos de luz rojiza atraparon á Eoséi, dos rayos que corrían sobre el metal pulido de los rieles y las dos cintas de acero rojo, que parecían haberse hecho incandescentes, dirigían como guías la fuga del espía.

—¡Soy culpable!...—gritó, agitando los brazos.

Una masa dura y grande le golpeó la espalda. Cogióle el pie un travesaño y un estruendo metálico y rudo ahogó sus últimos lamentos.

MAXIMO GORKI

(Traducido del francés por M. M. M.)



Máximo Gorki



René Quillivic

ESCULTOR



Chicuela de Bretaña

Escultor bretón, ó más exactamente, escultor bigudino. Fué, en efecto, en Pluhenic, en los confines de la bahía de Audierne, donde René Quillivic vió la luz en 1879. Pertenece, por su nombre á lo menos, á esa raza curiosa que se ha implantado en Bretaña hace varios siglos, conservando siempre todos sus caracteres particulares.

Kaza de origen asiático, á lo que

pretenden diversos escritores: y á la verdad, los bigudines, con sus ojos oblicuos de miradas desconfiadas y soñadoras, los pómulos salientes, alargada la cara, los dientes finos y apergaminada la cara, se emparentan con ciertos pueblos asiáticos antes que con los bretones nativos de los cuales son muy diferentes. Todo en ellos revela curiosa mezcla de barbarie y de misticismo. Sus trajes son pesados, recargados de colores violentos. Las mujeres llevan la falda larga y gruesa, ajustada á la cadera. Sus cabellos cuidadosamente tirados, se ajustan bajo grandes gorras recargadas de bordados.

Gustavo Geffroy, en su hermoso libro sobre la Bretaña, y Luciano Simón, en sus mejores lienzos, han fijado con exactitud los caracteres de la raza bigudina. El señor René Quillivic, en fin, acaba de traer una contribución nueva á su historia.

Pasó la juventud entera sobre esa costa extraña y salvaje, en la cual un mar de esmeralda viene á bañar sordamente las aristas vivas de las rocas, sobre esa costa impregnada del "amargo olor de los glaucos goémones". Sufrió el encanto intenso de ese país colorido y cálido, vivió horas admirables bajo el cielo azul ó entre tempestades, en la pesca.

Partía con el rayar del alba, y pescaba sobre el buque largos días silenciosos; el rumor de la red cayendo al agua, las órdenes sumarias del patrón, venían tan sólo á turbar su ensueño. Terminado el trabajo, paseábase á lo largo de la costa, se detenía ante los bellos monumentos de piedra bruta, contemplados amorosamente por sus grandes ojos embebidos en los coloridos reflejos del cielo de Armórica.

Experimentaba la necesidad imperiosa de expresar todo lo que aquellas visiones le habían sugerido á su cerebro sensible en imágenes y en pensamientos, pero carecía de fortuna, sin instrucción: sólo hablaba de "patois" bretón, y sabía á penas escribir. Por esta causa debió continuar su oficio tan duro como monótono.

Sin embargo, se divertía á veces en dibujar ó en modelar en tierra con sus dedos ágiles: hacía frágiles estatuas, de formas inciertas.

Carecían, sin duda, de gracia y de solidez, pero nó de franqueza, y tenían todo el sabor de los primitivos. El arte robusto á las veces que delicado de René Quillivic se

afirma en aquellos sus primeros ensayos.

El pescadoreito se convirtió en ebanista. El día entero lo pasaba tallando la madera de los arcos y de los lechos bretones.

Dibujaba estrellas, losanjes, rosáceas, trazaba perfiles de bretones de pesados sombreros y de Bigudines.

La Exposición de 1900 le llevó á París, centro de las artes del mundo, al cual se acude tanto de Chile y la Argentina como de las provincias francesas. Después de haber trabajado por espacio de varios meses en su oficio de ebanista, no pudo resistir á la nostalgia del viaje.

Vagó de aldea en aldea, ganándose penosamente la vida, y dándose apenas á entender en su dialecto natal.

Una tarde, al llegar á Aviñón, subió al castillo de los Papas, pero, extenuado de cansancio, se tendió en el suelo y se durmió. Así fué como los guardias le encontraron á la mañana siguiente. Condujéronle á casa de un agente que le procuró trabajo.

Después de un año de servicio militar en Mares, volvió á París. Durante el día entero hacía vitrinas para los almacenes, pesados armarios, ajustaba tablas, y resistía difícilmente el deseo de ornamentar...

Llegaba la tarde, se precipitaba á la biblioteca de Santa Genoveva, en donde recorría ávidamente, aún cuando sin método, todas las obras que le caían á la vista.

Leía con igual placer, á los poetas y á los filósofos, menos sensible, sin embargo, á la forma de los libros que á las ideas encerradas en ellos.

Durante algún tiempo, hasta tuvo tentaciones de escribir. Y me imagino que con su espíritu colorido y pintoresco, hubiera evocado, de manera desordenada, sin duda, pero en cuadros sabrosos y vivos sus paisajes familiares. Hubiera dado realidad á

una especie de Brigeux moderno... Mas, nó era esa su verdadera vocación, y el demonio literario no le devoró por largo espacio, volviendo nuevamente y por manera insuperable á sus ambiciones artísticas.

Siguió los cursos de la escuela de Boule, y en seguida los de la Escuela de Artes decorativas, y los de la Escuela de Bellas Artes. Aprendió, así, la técnica de un arte que había practicado hasta entonces por su sola intención.

Tuvo por maestro al gran escultor Antonino Mercier, algunas de cuyas obras grandiosas son conocidas en Chile. Mas, Quillivic, no pudo seguir sus lecciones sin vivísimo dominio de su propia voluntad, ni sin quebrantamiento en su propia manera de sentir. Parecíale la educación oficial, unas veces ficticia y otras inútil, como si



Victor el ciego



La sirvienta

hubiera tenido ansiedad de libertarse de fórmulas y de reglas. Pronto vuelve á su querida Bretaña, como ansioso de retemplarse en la naturaleza y en su rudo y duleísimo contacto. Vuelve á ver esa naturaleza con ojos nuevos, con sensibilidad más instintiva á las veces que más afinada. Sabe discernir con mayor exactitud lo maravilloso y dulce del paisaje del país tan pintoresco que había deslumbrado su infancia; mira á sus compañeros con la misma fraseura de impresión, con la misma acuidad de visión, pero la arcilla es modelada con mayor firmeza por sus dedos y el primitivo encierra un artista ya experimentado.

Por primera vez expuso en el Salón de 1907. Presentaba un busto de vieja, de rasgos gastados, de pesados ojos, cargada de arrugas. Su madre le había servido de modelo. Encantador y delicioso rasgo de artista y de hijo.

Conquistó una segunda medalla en el año siguiente con su "Bordadora". Y partió á Italia lleno de entusiasmo y de fe. Pero cada paso iba á representar para su espíritu una decepción nueva. Visitó Roma, Florencia, Venecia, sin experimentar el menor agrado. Un día, con todo, en presencia de un lienzo de Rembrandt, se sintió sobrecogido por el estremecimiento de la belleza, mas, no pudo encontrar de nuevo ese divino soplo en el resto del viaje. La contemplación de los monumentos no provocaba en él sino sensaciones de cansancio. Detúvose en Génova para admirar los grandes barcos, y apenas si recorría los museos. El sér primitivo de su alma no podía apreciar los refinamientos, la gracia delicada y potente, la riqueza maravillosa del arte italiano, que le parecía demasiado sutil.

Volvió, pues, á Pluinec, envuelto y arrebatado por el frenesí de su arte y se dió á esculpir lleno de ardores. Trataba de sobrecojer los ojos enigmáticos de las jóvenes bretonas que le rodeaban, sus sentimientos más secretos, su temperamento soñador, modelándolo en la arcilla. Deteníase ante las fabricantes de encajes sentadas en estrechos escabeles, al dintel de las puertas,



Niña Bigudina

como si un estremecimiento nuevo de arte y una nueva visión le sobrecogiera. Es el artista que mejor ha unido á un sentimiento ingenuo el proceder sabio é ingenioso.

René Quillivic se entregaba con locura al arte, ya de vuelta de sus excursiones por Italia. Atraíanle los tipos bretones, los jugadores de "biniú", los borrachos salidos de la taberna, el filósofo ciego que hacía de mendigo con los ojos cerrados entre sordos pensamientos...

Fijó sus rasgos en la tierra, en el mármol, en la arcilla. Talló también en la piedra dura del Este, figuras que realizaba en seguida con colores de entonaciones ligeras, y las estatuas que realizaba de este modo no carecen de analogía con ciertas ceras de Carriés cuyo nombre mismo era para él desconocido.

De día en día, más y más seguro de su oficio, supo sacar de la materia rústica toda su belleza, dió á la piedra los reflejos más ricos y supo unir á su arte ingenuo y sereno las habilidades del saber. Varias de sus obras revelan el tacto del arreglo, de la composición, de la luz, de la armonía de las formas, muy inesperado en un artista tan novicio y sobre todo tan hostil á toda enseñanza de escuela.

René Quillivic acaba de exponer, en París, una feliz selección de sus obras, y esa

exposición ha obtenido el éxito más vivo y más legítimo.

La prensa entera se ha complacido en constatar lo matizado y sabio de sus figuras de niño, su realismo sabroso, su ejecución tan acabada y tan robusta que uno se sentiría inclinado á reprochar á ese primitivo un exceso de habilidad...

El verdadero artista sabe apreciar ese arte atento y franeo, en el cual aparece como un reflejo del alma ingenua y bárbara de los primitivos bretones, de aquellos apasionados y sinceros creyentes, fieles á la bandera blanca y á las tradiciones de la monarquía al través de las vicisitudes largas de un siglo entero. Es difícil penetrar en esas almas sencillas y emocionadas, pero Quillivic ha realizado ese milagro.

No sería posible citar todos los nombres de sus creaciones vivas y originales. La serie entera de rostros de niño parece felizmente concebida y de gran delicadeza de expresión. "La astucia", "La burlona", "La tímida", "La gatita", "La soñadora", "La asustada", y otras como éstas, pintan una actitud sorprendida en graciosa realidad. Mucho agrada el bronce de "Pubertad" que representa una niña de fisonomía fina, de grandes ojos abiertos y vagos; la "Virgen de Andiern", cuya cabeza se desprende de un bloc de mármol y que recuerda involuntariamente, sin duda, el mármol de Rodin, del Museo de Luxemburgo. El rostro es grave, meditabundo y un tanto doloroso en "La hija mayor"; la pequeña bretona, de mirar inspirado, de gestos rítmicos y equilibrados, en "Noli me tangere". El rostro es majestuoso y expresivo en "Afrodita", y además, se presentan dos bellas cabezas en piedra colorida, la una fina y delicada de chicuelo, la otra de rasgos toscos, de labios gruesos y sensuales de sirvienta bretona.

René Quillivic es también pintor y ha exhibido últimamente varios lienzos. Son de arte menos acabado, su composición es, á veces, confusa y hasta floja, pero afirman un sentimiento muy justo de la atmósfera. Varios de sus cuadros recuerdan las obras de Cezanne. No es este un elogio baladí.

FERNAN RUIZ

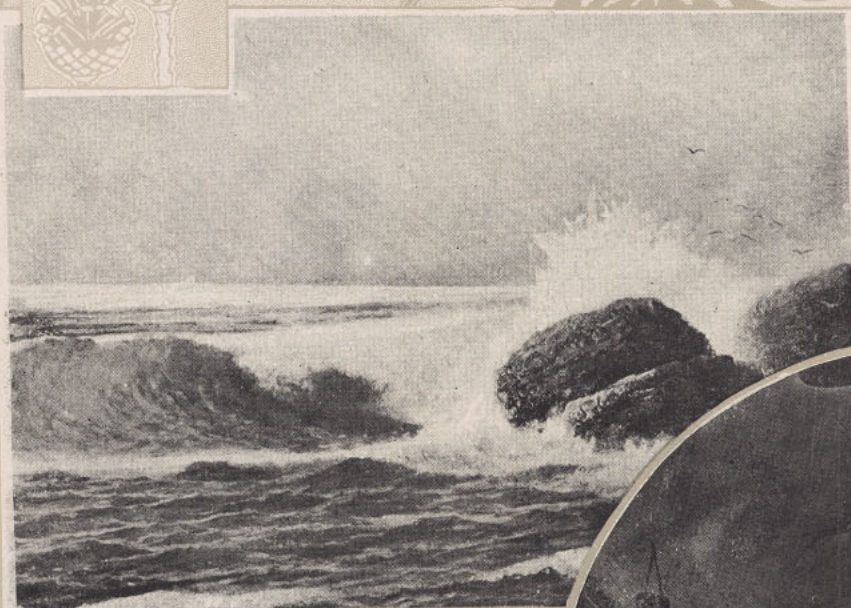


Afrodita



Pequeño bretón

Los Feudos del Sur de Chile



Una hermosa rompiente

MUY cerca de Concepción está situado Hualpén, valioso fundo, donde la naturaleza parece haber agotado los más hermosos colores de su paleta, las más pintorescas fantasías de su inmensa imaginación.

Famoso es el sur de Chile por su paisajes y hermosos golpes de vista. El notable escritor Vicente Blasco Ibáñez lo llamó, con mucha propiedad, "trópico frío".

Pero nada iguala á las múltiples bellezas que se encuentran en ese pedazo de tierra que el Biobío fertiliza, que las olas del mar arrulla. Si la Suiza poseyera un Hualpén, sus bellezas naturales, su clima, sus bosques, sus lagunas, sus cuevas de granito ocultas por inmensos árboles, sus quebradas de frondosas plantas y de enredaderas, regadas por aguas transparentes y cristalinas, sus cascadas, su cielo purísimo, la Suiza sería mucho más hermosa aún de lo que hoy es.

El Gobierno de España donó estas tierras á Pedro de Valdivia, como la más preciada joya de esa provincia, para su caballada. Vendida por sus sucesores á la familia Santa María, fué heredándose por los miembros de esa misma familia: Trujillos, Zañartu, del Río, hasta nuestros días.

Hoy la posee el noble y caballeroso don Pedro del Río y Zañartu, notable viajero, coleccionista, agricultor, escritor y el más penquista de los penquistos.

El primero de sus libros que vió la luz pública fué "Viaje en torno al mundo" por Pedro del Río, que nuestro inmortal B. Vicuña Mackenna ilustró con un prólogo cariñoso y entusiasta.

Pedro del Río, dice "ha sido formado por la robusta y casi



Galería principal del Museo Hualpén

exuberante naturaleza, de la manera de que se labran hoy los viajeros modernos: los Livingstons, los Stanleys, los de Brazza, los Speke y los Moreno.

"Hijo de padres que habían llevado con honor sus alcurnias legendarias en España y en "el fuerte Penco": del respetable caballero don Pedro del Río Cruz y de la señora Francisca Zañartu Trujillo...."

La "Revista de Artes y Letras" publica un hermoso retrato de don Pedro del Río, y dice:

"Hay en esta personalidad chilena múltiples fases que le imponen al respeto y estimación de sus compatriotas. De carácter resuelto y emprendedor, voluntad decidida por todo adelante, viajero infatigable, financista inteligente, ilustrado escritor; resaltan por sobre estas cualidades las virtudes de su patriotismo y filantropía...."

Diccionario Biográfico de P. Pablo Figueroa.—Mucho de la anterior y más aún: "certificó en Francia opiniones erróneas sobre nuestro país del "Figaro" y "Le Matin"; escribió una notabilísima carta al célebre periodista Lemoine. Gastó fuertes sumas en hacer conocer á su patria en el extranjero...."



Colección de 150 cucharas de plata



Islas Hualpén



Escritorio del Museo Hualpén



Galería 3.a del Museo Hualpén

Dice otra publicación: "Este hombre probó é inteligente, ilustrado, bueno y caballeroso, jamás quiso ser diputado ni senador, honores á que su linaje, su ilustración y su claro talento lo llamaban. Desde sus casas de Hualpén sigue el movimiento político y literario del país, ocupado en sus museos de variedades universales, que ha acopiado en su residencia señorial: colecciones de monedas, objetos de arte y curiosidades arqueológicas, científicas etc., etc. Escribiendo sus viajes, sus recuerdos, artículos de agricultura, arboricultura y otros. Famoso es el que escribió sobre el "Carbón de la viña", que tanta luz dió sobre esta enfermedad de la vid y tantos viñedos salvó de la ruina..."

Un viaje á Concepción y sus alrededores me llevó hasta el precioso edén de Hualpén, á una hora de la primera ciudad, por magníficos caminos sombreados por frondosos árboles, dividiendo extensos pinares, verdes potreros, separados del camino por *tranqueros* que permiten gozar de la vista de esos parajes y admirar el adelanto extraordinario de esas regiones del sur: magníficos animales vacunos pastaban gordos y hermosos en aquellas verdes llanuras cortadas de trecho en trecho por altos y copudos árboles á cuya sombra se recogían en las calurosas horas del día.

Elegantes y pintorescas casas de campo se divisaban de cuando en cuando, ocultas entre el ramaje de los árboles de sus respectivos parques, propiedades en que se ha dividido el primitivo Hualpén y que casi todas pertenecen á familias emparentadas con los primitivos dueños: Manzano, Serrano, Zañartu, Benavente, del Río, Pinto Cruz. Las chozas y el aspecto de los inquilinos van mostrando que aquellos campos

pertenecen á señores que saben cuidar y enseñar á sus empleados.

Llegamos, subiendo una ladera, á una casita de totora, pero tan aseada, habitada por un matrimonio de ancianos robustos y hermosos aún. Desde allí divisamos el mar, la bahía de San Vicente, la costa de Arauco hasta Lota y Coronel, todo bañado por los rayos del sol, que jugando sobre esas aguas movedizas, hacíanse estelas largas y brillantes de oro bruñido.

Poco después entramos á un espeso bosque de coihues, robles y avellanos, que cruzaban sus ramas impidiendo que penetraran los rayos del sol; cada árbol cobijaba cariñoso una enredadera que trepaba abrazada de su robusto tronco y formaba encantadores pilares corintios, ostentando la variedad de copihues que caían lánguidamente sobre las verdes, oscuras y gruesas hojas que los sostenían. Flores rojas, color rosa y uno que otro blanco. Nuestra vista no se cansaba de admirar, al través de ese encaje verde y primoroso, el mar inmenso y tranquilo en aquel día.

Desde ahí divisábamos también al ancho y torrencioso Biobío que se dirigía rápido á echarse al mar y á perderse en su inmensidad. Antes de mezclarse sus aguas dulces con las salobres del océano, parecía como si quisiese remontar su camino y se arrepintiera de ese ímpetu hacia la muerte, hacia lo infinito. Eran sus aguas tranquilas, sus corrientes formaban grandes islas de arenas húmedas y áridas; parecía como que reflexionara arrepentido de aquel impulso generoso que lo hacía perderse para siempre, confundirse con las aguas del océano.

Luego, como volviendo á su primera idea, se arroja tumultuoso, se choca con las olas, cuya



Paisaje en el fundo Hualpén

espuma salta á alturas inmensurables y nos moja con sutil rocío. Dos altos peñascos de granito, que á la distancia parecen irónicas é inmóviles esfinges, contemplan esa lucha del elemento fluido.

Así nos íbamos acercando á la señorial morada del aristócrata señor de Hualpén.

Un precioso lago natural, la Laguna Verde, se divisa en una quebrada, abajo de las casas; es una maravilla natural, rodeada de coligües, de pajonales, de cortaderas, de helechos arborecentes, y habitada por tribus de aves acuáticas, que nadan en aquellas solitarias y verdes aguas que reflejan el cielo, las nubes, bosques que las circundan y no tienen más movimiento que la estela que van dejando los cisnes, taguas, patos, garzas, que se sienten ahí tranquilas, seguras y felices, y ocultan el fruto de sus amores entre esos espesos pajonales. Llegamos hasta la mansión hospitalaria del dueño y señor de aquellas encantadas regiones.

Don Pedro del Río y Zañartu nos recibió con aquellas maneras sencillas y afables que predisponen en su favor y son una prueba evidente de su alta educación. Es un hombre de aspecto joven y robusto, aunque su larga, poblada y blanca barba acusa que las nieves de los cincuenta años han caído ya sobre él, sin quitarle nada de la fuerza y lozanía de la juventud. Estaba en su escritorio rodeado de papeles, de libros, de manuscritos, de objetos de arte, que deben recordarle sus largos y bien aprovechados viajes. Escribía, y ahí lo sorprendimos, correctamente vestido, sus blancos cabellos brillantes y alisados, con la pluma en la mano y un perfumado ramo de preciosas flores, que decía que ahí cerca de él vivía la poesía, el cariño que embalsama y dulcifica la vida, así como la enredadera que se enreda al tronco del árbol fuerte que la protege y ama, dándole ella en cambio el abrigo de sus brazos, el perfume y los brillantes colores de sus graciosas flores.

Así pensaba yo mientras contemplaba el lujoso confort que rodea á este hombre, que, alejado del mundo, vive ahí como príncipe encantado, la vida deliciosa del sabio, del poderoso, del justo y del filósofo. Nada turba la tranquilidad de esa alma buena.

Con cariñosa complacencia nos mostró sus

curiosísimos museos de armas orientales incrustadas de oro y plata, oriflomas, armaduras medioevales, objetos de plata y oro de la misma época, mazas, flechas, laques, curiosidades orientales é indígenas, antiquísimos y valiosos recuerdos de familia, alfarería incásica, egipcia, india, japonesa; porcelanas antiguas y variadas, cuernos de caza con cadenas de oro ó plata, riquísimos trajes de todas partes del mundo, curiosos recuerdos de las excavaciones de Nínive y Babilonia, de Menfis y de las Pirámides; estatuas, bustos de mármol de la mejor época de Grecia. No tendría cuando acabar si quisiera dar una idea sucinta siquiera de las riquezas que encierra este museo de Hualpén y que su generoso dueño destina, junto con la propiedad, á la Municipalidad de Concepción, para que se haga un gran parque y un museo que lleve su nombre. También Santiago tendrá su parte en este banquete de príncipes. A este Museo lega Pedro del Río una colección de cucharas de plata que recogió en todas las ciudades del mundo, algunos otros objetos y muebles valiosísimos.

Nos retiramos después de algunas horas que se deslizaron con rapidez, llevando en nuestra alma el recuerdo de tanta belleza y en nuestro corazón la gratitud por el amable recibimiento que el ilustre solitario de Hualpén y su noble esposa, la señora Carmela U. de del Río, nos hicieron, luciendo con nosotros las dotes de señorial hospitalidad que heredaron de sus abuelos.

El nombre de este hombre ilustre es un timbre de honor para la provincia que lo vió nacer y para el país, al que ha consagrado su vida, sus desvelos y su inteligencia.

Lleguen hasta él estas frases de admiración que le dedica un admirador.

GA'VERRÁ



Paisaje que mira al golfo de Arauco





SEÑORA DOÑA CARMELA MACKENNA DE CUEVAS
En traje de Corte

A proposito de Eleonora Duse

CUENTA Ceferino Palencia que hace bastante tiempo, hallándose en Buenos Aires con su compañía, fué á visitarle á su cuarto del teatro un caballero de nacionalidad italiana, verdadero hombre de mundo, inteligente, elegante y buen mozo. Representaba cuarenta años. Aquel señor, que había viajado mucho y trataba personalmente á todas las actrices y actores célebres de Europa, prodigó á María Tubau las más fervorosas alabanzas.

—Conozco,—prosiguió,—varias comediantas que la aventajan en la interpretación de ciertos papeles, pero dudo que ninguna la iguale en la riqueza de sus aptitudes ni en la asombrosa variedad y extensión de su repertorio.

No sabiendo cómo corresponder á tantas lisonjas, Ceferino Palencia dióse á encomiar exaltadamente la labor de las artistas italianas; en teatro, como en pintura, como en ciencias, Italia sería siempre la más gloriosa de las naciones latinas. Y concluyó:

—Para mí, una de las mejores, por no decir la mejor de las trágicas contemporáneas, es Eleonora Duse. ¡Qué voz, qué fuerza emotiva, qué agilidad de expresión tiene!... ¿No opina usted lo mismo?

El interpelado, que había palidecido hasta la lividez, repuso con un gesto ambiguo. Palencia, aunque sorprendido por aquella frialdad que atribuyó á un exceso de modestia patriótica, continuó elogiando el arte extraordinario de la Duse. A cada momento, y á guisa de ilustraciones interpoladas en el curso de su apasionada jaculatoria, preguntaba:

—¿La ha visto usted en “La dama de las Camelias”?... ¿La ha visto usted en “Fedora”?... Y en “Lucrecia Borgia”?... ¿Y en “María Estuardo”?...

Según Ceferino Palencia hablaba, el semblante del caballero italiano iba nublándose; endurecía sus facciones, el fuego de un rencor violento y recóndito; temblaban sus labios. De pronto, perdiendo el dominio de sí mismo, gritó imperativo:

—¡Señor Palencia!... Yo le ruego, yo le suplico... que no hable jamás de Eleonora Duse delante de mí.—Estaba rojo, sus manos crispaban coléricas, su respiración se convirtió en jadeo fragoroso. Después recobrándose prestamente en una transición de voz y de ademán que sus compatriotas Novelli y Zaccani hubiesen admirado, agregó:

—Perdone usted mi incorrección: no he podido contenerme.... El sólo nombre de esa mujer funesta me vuelve loco... Ha de saber usted que yo soy el marido de Eleonora Duse....

★

El cronista ignora la historia íntima de la insigne actriz italiana, pero no duda de la intensidad. Pasiones de fragua y fieros dolores deben de haber asolado esa pobre alma, á la vez dulce y sombría. La existencia de este infierno interior se transparenta en

los recursos insuperables de su arte, en el abismo negro de sus ojos, cargados con la enorme tristeza de haber visto pasar la dicha, en la nerviosa elocuencia de sus manos lívidas, en todas las actitudes de su cuerpo raquítico, delgado, desprovisto de atractivos sensuales, y, sin embargo, tan imponente en los arrebatos homicidas de la tragedia, y tan envolvente, tan adorable, tan refinadamente femenino, en las horas azules de la caricia. La gran artista, rival de Sara, sufrió mucho porque toda su vida fué de amor, y ese padecer acerbo informa su arte y lo fecunda. Para desesperarse, como para reír,

no necesita Eleonora Duse recurrir á la vulgaridad de los gestos aprendidos: con asomarse á su propio corazón habrá hecho bastante. Yo la he visto llorar, lectora; ¿la viste tú también?... Y si tuviste esa fortuna, ¿no es cierto que en ella el llanto, más que una ficción, parece un recuerdo?...

Acerca de todo esto, un excelso poeta, Gabriel D'Annunzio, podría referirnos una historia bien triste...

En estos días ha corrido por París la noticia absurda y grotesca de que Eleonora Duse, que desde hace mucho tiempo vive retirada en Florencia, se casaba con un opulento modisto de la Ciudad-Sol.

Indignada la ilustre actriz, escribe al director de una revista francesa:

“Vivo muy alejada de todo y no doy motivos á la prensa para que se ocupe de mí. Hoy leo la ridícula noticia, lanzada por la Agencia Stéfani, de mi matrimonio. ¿Quién ha podido inventar eso? He telegrafiado á M. Worth lo siguiente: “Espéro de su caballerosidad que desmienta tal noticia, se lo suplico. Yo con mi silencio no debo autorizar ese “se dice” calumnioso y contrario á la línea de conducta de toda mi vida”.

Este telegrama es, sencillamente, el retrato de un alma. Eleonora Duse cansada, envejecida, fatigada de sufrir esa inquietud imprecisa y sin nombre que tortura á los artistas y que raras veces halla término y reposo porque, más que amor, es deseo de amar, empieza á aborrecer la popularidad. Para

ella, como para otras muchas histrionizas célebres, el olvido es bálsamo precioso; la que así sobre los escenarios de la farándula, como en el gran teatro de la vida, fué siempre protagonista envidiada, ahora solicita un puesto obscuro de comparsa. ¡Por piedad! Un poco de silencio, un poco de reposo; que no se hable de ella, que los periódicos no repitan su nombre más, que cuando vaya por la calle nadie vuelva la cabeza para mirarla: la exclamación admirativa: “Ahí va la Duse...” que antes llenaba sus oídos de orgullo, ogaño la asusta y la hiere, y es para su pobre alma desilusionada un azote.

Vivir, sí, pero vivir en paz, alejada de sí misma, cual si asistiese al desenlace sereno de su propia historia; vivir en la sombra, en el olvido, que tiene la serenidad augusta de la muerte...

¿Se comprende ahora el asco con que Eleonora Duse habrá recibido la noticia estúpida de su matrimonio?

EDUARDO ZAMACOIS



Descanso del modelo, grupo de A. Marinas.



EL TRIO EN EL CONVENTO



LA BARRICADA

CUADRO DE EDUARDO DETAILLE

LOS HEROES

DESPUES de fijar el hombre su puesto en la tierra y de llenar sus ojos de fe en los horizontes futuros, Guillermo Matta levantó sus epinicios, sus cantos de victoria, en homenaje á los disciplinadores de la humanidad. Su culto á los héroes eleva su obra con el entusiasmo glorificador de la liturgia pindárica. El poeta los ve y los siente en la transcendencia humana de sus ideas y los considera, no aislados, sino estrechamente unidos á modo de términos precisos de la serena dialéctica de la historia. Estimándolos así, sus loas no negaron el laurel á ningún héroe del pensamiento. Su vehemencia admirativa llegó más allá de la tradición, llegó á las nieblas engrandecedoras de la leyenda. En ella, que por ser el resultado de la colaboración de muchos espíritus, tiene en cierto sentido más valor humano que la historia, el poeta pudo ver desde el héroe indico que un día sufriera por haber manchado el bronce de sus manos con una gota de sangre inocente, hasta los adalides griegos, de estirpe divina, los invocados como propicios á la vida y amparadores del mundo, después de haber, en el sentido de los filósofos estoicos, llegado á la inmortalidad celeste, al través de las selvas silenciosas de las es-

trellas. El poeta, en los largos arabescos de su peregrinación lírica, no pasa ante ninguno de sus nombres sin saludarlo.

El cesarismo de su significado histórico lo seduce; pero los estima como fuerzas exclusivamente humanas. Así, su concepto está muy cerca del determinismo fatalista de Buckle y muy distante del idealismo invertebrado de Carlyle. Buckle considera á los héroes—los grandes hombres, los representantes de un momento de la historia ó del espíritu—como el resultado armónico de las potencias oscuras de la vida; y Carlyle, como personificaciones de las fuerzas de origen divino, como mensajeros celestes. El primero, en su frialdad escéptica, llegó á confundirlos con las manifestaciones de la materia, y el segundo, en su fervor iconológico, llegó á crear con ellos un afilosophía del heroísmo. El sentimiento de lo heroico es el elemento generador de las transformaciones históricas, puesto que en éstas, según el áspero ideólogo, dominan las pasiones y no las ideas. El grande hombre debe su vida, dice, al misterio; allí está su savia, y, como lo repetirá un verso de Hugo, sus raíces están enredadas en los astros. Carlyle ha sido el primero en estudiar metódicamente á los hombres representativos, en clasificar las serenas y vehementes monstruosidades de la fama heroica; pero no ha sido el primero en ver

en ellos la personificación de una época. Aunque últimamente se ha dicho que la teoría del héroe se debe á Baltasar Gracián, antes que á Carlyle, la verdad es que el tratadista español sólo nos da á conocer al héroe en sus caracteres individuales, sin prestarle proyecciones de transcendencia. ¿Conoció Carlyle á Gracián? No. Basta leer el libro del autor hispano para ver que no pudo ser el origen de la teoría del autor inglés. El libro de Gracián se dirige á los varones, les da consejos para adquirir fama, normas de comportamiento político é indicaciones sobre la gracia y benevolencia, virtudes que el autor estima las primeras en el héroe. Este es el varón de sabio entendimiento, que sabe retirarse oportunamente de la lucha, como Carlos V, para no perder su prestigio con demostraciones de flaqueza senil, ó que sabe combatir, como el Conde de Fuentes, á quien llama el autor, capitán de héroes, hasta alcanzar el triunfo, como lo alcanzó en el sitio de Cambray. La diferencia de conceptos es visible.

Si quisiéramos buscar la fuente de la teoría inglesa, en su aserto de personificar los héroes la visión espiritual de su tiempo, la hallaríamos en Goethe, maestro, en mucho, de Carlyle. Fausto, sentado una noche ante su atril de estudio, medita, en el silencio y la semiclaridad de elevada sala gótica, sobre la vanidad de su ciencia, y se duele de no tener todavía ninguna certeza, ninguna luz que compense con su hermosura el dolor de su larga vida dedicada á las estériles investigaciones de la verdad. Luego, respondiendo á las palabras de Wagner, sobre el pasado, dice que el espíritu de los tiempos no es sino el espíritu individual, en el que ellos se reflejan:

“Was ihr den Geist der Zeiten heisst
das ist im Grund der Herren eigner Geist”.

Y si quisiéramos inquirir más lejos todavía en la historia de las ideas el origen del culto á los héroes, hallaríamos en la tierra de los colores silenciosos, de los verdes pastoriles de Ruysdael y de las luces monocromáticas de Rembrandt, un poeta, el intenso poeta neerlandés Corneliszoon Hooft, quien, á principios del siglo XVII, reconoció en Grocio, el pensador heroico, todos los caracteres del hombre simbólico de Carlyle, llamándolo un soplo de la divinidad, un rayo de la luz primera, un visionario de las cosas por venir. Y aún no sería aventurado remontarse á los tiempos en que la poca tendencia á la abstracción del espíritu griego, personificó las ideas y las épocas en aventureros célebres, que resultaron así un grupo de héroes epónimos. Ellos vivieron como símbolos de fuerzas extrahumanas hasta que un risueño crítico cirenaico se burló de ellos, aplicando á á la exégesis de sus caracteres míticos el escepticismo que le dejaron sus viajes por las islas sabias y misteriosas del Mar Rojo.

Pero el poeta no se ocupó de la teoría del héroe; no hizo distinciones; los himnos por sus virtudes generadoras de ideas, organizadoras de fuerzas. Sabiendo que la acción individual trans-

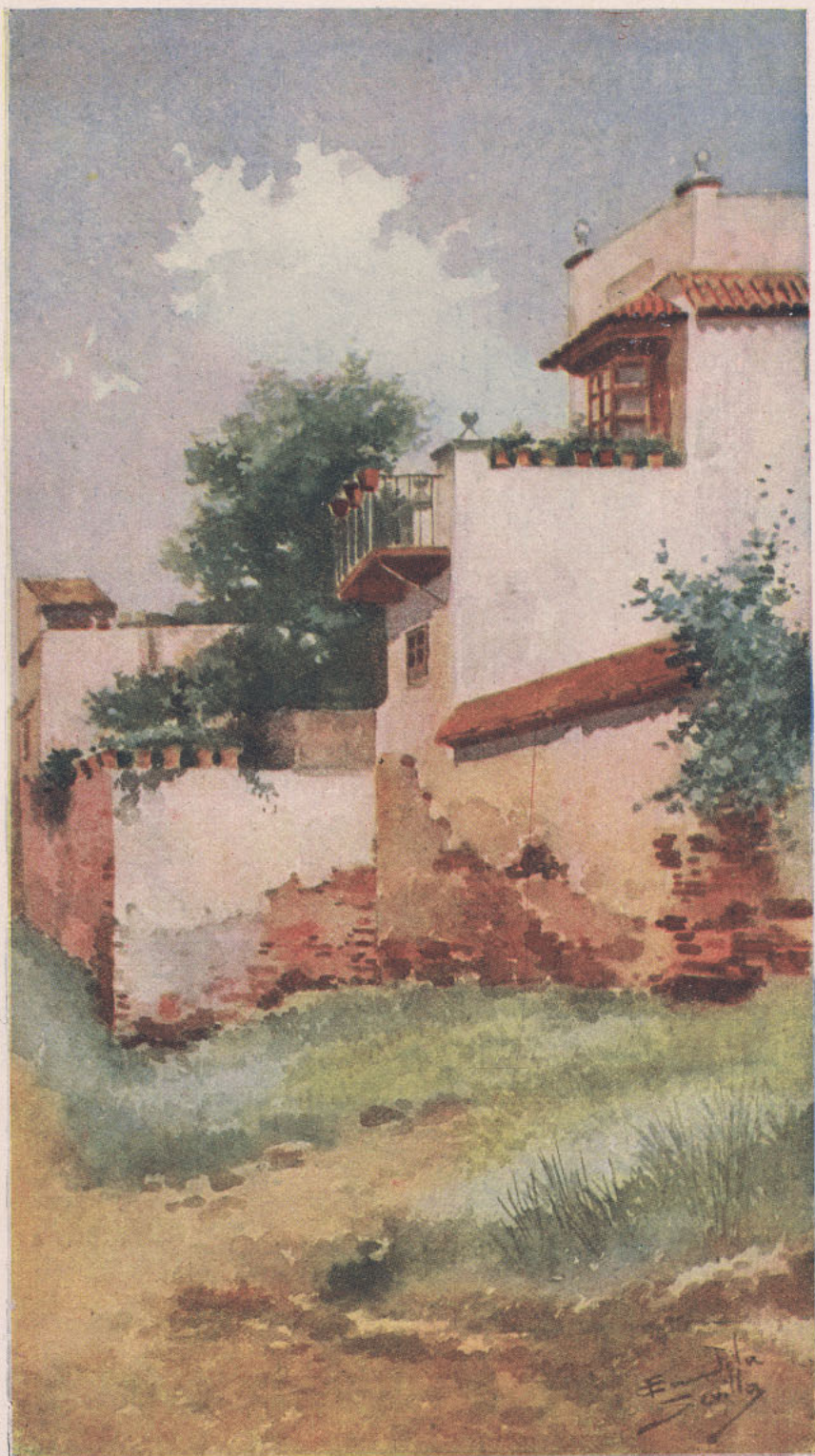
cendente es fecunda por llevar en sí el resumen de las ideas anteriores, su lirismo fué al conjunto, á la apreciación sintética de los esfuerzos civilizadores y suscitadores de porvenir. A ellos fueron desde sus odas hasta sus composiciones cortas y ligeras como las baladas heroicas de Liliencron. Saludó á los héroes sin exigirles un determinado concepto de la existencia. Afirmadores ó negadores, no importa: su canto es para el esfuerzo; para el brío de los que exprimieron de la tierra el zumo vigorizante de la fe en la vida; para los que siguiendo el desplegamiento multilíneo de la naturaleza, sintieron subir por las venas invisibles de las cosas la savia de una esperanza cristalina; y para los escépticos, los que negando risueñamente la esperanza y altivos en el desdén de las finalidades morales de la humanidad, ensalzaron la seductora grandeza del instante... Sus versos van á los primeros, á los afirmadores, porque ellos, en los momentos en que una exaltación afinó sus sentidos hasta hacerlos sensibles á las más íntimas vibraciones de la naturaleza, sorprendieron el latido de la fuerza única, de la esperanza ascensional; y van á los segundos, á los negadores, porque dijeron que nuestro culto debe ser para la belleza risueña y soñadora del instante vivido en la alegría ó la ilusión. Si la vida se desenvuelve entre la obscuridad del pasado y la obscuridad del porvenir, ¿por qué no postrarnos ante el momento que nos trae en sus manos ilusorias una llamita de alegría ó de placer, desde el fondo mismo de la eternidad? Años tras años viven en las entrañas de la tierra, sin que nada las turbe en su reposo, las materias susceptibles de cristalizaciones lúcidas, más, de pronto, uno de sus átomos se enciende, luego, otro, y así, de momento en momento, la metamorfosis se termina, deslumbrando con la realidad las esperanzas más esplendorosas de los átomos visionarios. La vida humana tiende también á limpiarse de sombras, á ser transparente, á realizar una esperanza. Por ella circulan las fuerzas eternas; y por eso debemos arrodillarse ante el momento que en vez de impedir nuestro avance con el dolor depresivo, sirve á nuestro fin con el placer exultante. ¿Estaba el pensar de Matta con los primeros ó con los últimos? El poeta estaba con el esfuerzo investigador, con el bello brío de los impacientes. Así, tuvo un verso salutariorio para cada uno de los perfiles heroicos delineados por un concepto filosófico, histórico ó poético; para los enviados misteriosos de Carlyle, los vencedores futuros de Aekerman, los hombres representativos de Emerson, los rudos superhombres de Nietzsche y los alegres exploradores de Whitman... Sin individualizaciones aisladoras, sin referencias precisas á tal ó cual teoría ó sistema—salvo en sus cantos á determinados pensadores—sus elogios líricos celebraron las gallardías entusiásticas ó escépticas del pensamiento inquiridor de la verdad vital, de esa verdad buscada como una perla y no hallada en las profundidades del espíritu, porque duerme talvez en las profundidades del corazón.

MIGUEL LUIS ROCUANT



ANTE EL TRIBUNAL

CUADRO DE T. B. KENNINGTON



UNA CASA EN SEVILLA
ACUARELA DE E. CANDELA

Flores de las Selvas



N un rincón del terruño amado, allá donde el hondo Imperial perturba el silencio solemne de perfumadas montañas de roble, lingue y laurel y el Llaima majestuoso levanta el titánico seno laberíntico al beso del sol de la mañana, dormita, en un recodo del río y á la sombra de informe

aglomeración de temos añosos, humilde cabaña de labrador.

Es la puebla de Nicasio, fiel inquilino de enorme estancia abandonada que ostenta al cielo azul de aquellas regiones casi inexploradas todavía, el rico tesoro de sus bosques tupidos de maderas preciosas y aterciopelados dorsos de valle, prado y colina de esmeralda, sembrados de rústicas rucas, bajo cuyos techos pajizos palpita la vida pastoril, libre de las convenciones y cábalas sociales que estrechan la vida de los grandes centros sociales, irresponsable y pacífica de los fornidos hijos de los campos del sur.

Es una tarde tibia del mes de Abril. Lenta, imperceptiblemente, agoniza la luz.

Del sol moribundo, vagan los rayos postreros por los largos tallos de las secas totoras del techo amarillento; besan las pardas hojas marchitas y quebradas de la ramada, abriéndose paso por entre las grietas de los pobres tallos calcinados por los calores de un estío de excesivo calor y van á caer lentamente, suavemente, sobre el rostro etéreo y formas demacradas de una campesina joven y bella todavía á pesar de los estragos de la calentura que la consume, tendida sobre un montón de mantas y chales de vivos colores, á la puerta de la pobre habitación.

Brisa ligera se levanta entre los viejos troncos nudados de los temos protectores arrastrando consigo silente nevada de albos pétalos que forman sobre las secas quinchas del huerto y verde gama de los campos circundantes, perfumado tapiz. En onda nivea surcan la dura tierra del patio, se alejan, vienen y van y entre los múltiples pliegues de la diáfana falda de percal azul, sobre el nimbo ebúrneo de la cabeza inclinada, la tosca piedra de moler y altos de aperos amontonados en apartado rincón, se vienen á prender, y en espumosas marejadas, vagando por los prados, semejan blancas alas de gaviotas errabundas flotando sobre el seno de adormecido mar.

Murmuran los bosques lejanos; murmuran los prados, el lago y los ríos y de maitenes y coihues gigantes, de aromos, de lumas y litres, de yerbas plumosas secándose en lomas distantes, de pardos papales y áureos trigales despojados, llegan y pasan, rachas de rico y acre olor.

Y sobre el seno turgente de la excelsa madre, creadora eterna, incansable, á la sombra de la choza idolatrada, la enferma mujer que semeja una gran flor de las selvas, muriéndose en su albor.

Ella lo sabe y por su cerebro no adiestrado al raciocinio, pasan y repasan en lento desorden las escenas de su vida pasada: es la chinita mimada de una patrona amable que le hace dos trenzas largas por la mañana, la conversa, manda y acaricia todo el día y enseña á leer y á rezar en el tranquilo silencio de tarde; primaverales, ó á orillas del brasero en las cortas noches frías del invierno cuando rujen los vientos y la lluvia azota las anchas ventanas de la enorme casa solitaria de donde el Señor ha sacado

uno tras uno, los hijos bien amados, de la noble dama que tan buena con ella fué.

¿Dónde pasó todo esto? Ligera sombra de mistificación nubla los ojos fatigados de la campesina; quiere recordar pero no puede. De su memoria han huído los nombres de personas y lugares, sólo guarda el corazón agradecido el recuerdo de un rostro dulce y delicado y el eco de la voz doliente que le enseñó á balbucear el "Santa María, Madre de Dios. . . ." y los labios macilentos de la física modulan la oración que ama la mujer chilena y del obscuro fleco de sus párpados pesados, destilan sin atajo las lágrimas que aborta el corazón.

Un largo vacío y luego. . . . la escala interminable, el interminable quehacer; baldes de tazas y de copas que lavar en agua fría, mañana, tarde y á media noche, en toda estación; retos, gritos estridentes de cuatro colegiales pedantes; pellizcos, empujones y hasta puntapiés del regalón de la nueva patrona; hambres no satisfechas, sueños de precipicios y de fantasmas horribles interrumpidos por la voz chillona de la campanilla despiadada de aquel hogar en apariencia tan opulento y tan tranquilo, en realidad tan lleno de miseria, de hipocresía y mezquindad.

Ligero estremecimiento recorre el cuerpo debilitado y una oleada de carmín baña el rostro exangüe al recordar la última noche pasada en aquella casa hostil: los besos del patrón bebido, los gritos y golpes de la esposa que se considera ultrajada, las bromas groseras de los demás sirvientes y después. . . . la fuga á media noche, el viaje á traves de valles, ciudades y ríos en compañía de la buena mujer que se apiadó de ella en la estación y luego la vida de campo en aquella agreste estancia, trabajo, paz, Nicasio y días felices y más tarde el patrón. . . . ¿y qué más?

Los labios tiemblan, mueca de horrible sufrimiento contrae las facciones pulimentadas y transparentes hasta el idealismo tras dos años de sufrimiento físico y moral; sudor de muerte humedece la sien, dos manos lilales aletean en la penumbra de la tarde que se aleja y un gemido lastimero, vano lamento de un corazón consumido en amargo remordimiento, va á perderse entre las voces plañideras de la noche que se acerca.

Todo es calma en derredor; la única llaga de aquel perfecto remedo de paraíso es la pobre enferma, por cuyo nacarado rostro bañado en llanto amargo, vagan las sombras de la guadaña del Gran Segador.

De súbito suspenden sus arrullos dos palomas que entre las toras del techo enamoran con afán; cloquea el pavo acurrucado en la cumbre de la choza, ladra el quiltro que todo el día ha pasado echado á los pies de su ama: fru-fru de ojota sobre el rastrojo vecino, acompasado y rápido, acusa la ansiedad del que se acerca.

Un instante después asoma la figura varonil de un campesino de tez tostada y pardos ojos fulgurantes, en cuyas pupilas dilatadas anidan las sombras de un gran temor.

Jadeante se inclina sobre la quieta figura reclinada en el umbral y del pecho tumultuoso arranca sorda queja al contacto de las manos casi frías y frente sudorosa de esta mujer que á su manera de hijo de las selvas, amaba con sin par ternura.

Sin hablar, la alza suavemente en sus brazos nervudos y va á tenderla sobre el lecho humilde colocado en uno de los rincones de la desmantelada habitación. Y luego enciende el fuego, sienta la olla de substancia gelatinosa guisada por la mañana, la tetera ennegrecida, el tacho de leche. Con tino maternal prepara y lleva á los labios de la enferma la toma comprada en el pueblo vecino aquel día, dándosela á beber como á un niño, y más tarde, cuando el fuego esparce su tibia lumbre por el cuarto y las paredes empiezan á reflejar fantásticas imágenes indecisas, se arrodilla junto al lecho y empieza á friccionar los pobres miembros entumecidos y tullidos tras dos años de inacción obligada. Por los pies delicados de empeine elevado y combas uñas rosadas, por el pecho y espalda lacerados por terrible tos, se desliza la tosca mano del labriego, suave y ágil en su tarea de amor.

Al roce acariciador, se calman los dolores de la enferma y sueño sin sueños ni delaciones traidoras, profundo y tranquilo, no tarda en visitar sus párpados pesados.

El día de angustia y de abstinencia, había agotado las fuerzas de Nicasio; empieza á marearle la atmósfera cálida, cargada del aroma enervante de las bebidas recomendadas por la médica del lugar, de la alcoba diminuta; siente la necesidad de respirar el aire puro de la noche. Con paso silencioso abandona la cabaña y va á sentarse al pie de los temos murmurantes. Tras breve instante brilla un punto luminoso en la oscuridad de la noche

misteriosa y débil columnilla de humo azulino asciende en espirales al mudo domo gris.

Vaga en torno de la choza solitaria el viento gemidor: lanzan sobre ella sus formas fantasmales los temos temblorosos: voces amigas, sombras queridas que al corazón atribulado del labriego traen la confianza de los campos adormecidos, la calma del lago soñador.

No así aquella otra figurita alada que cruza el patio presurosa y en el alto umbral de la cocina lanza al aire su grito estridente, amenazador. Uno. . . dos. . . tres. Nicasio cuenta horrorizado los retos del chuncho temido, fatal agorero de ruina y muerte. "Fidela", murmura con ternura y va á doblarse junto á la cabecera, diciéndose que esa noche no dormirá.

Apoya la frente fatigada sobre la frazada burda de ancha franja roja, fija los ojos en la llama parpadeante del lamparín que arde frente á una imagen de Nuestra Señora, colocada en un marco de flores de papel sobre la mesa vecina.

¿Qué parecido encuentra el rostro resignado de la Mater Dolorosa á aquel otro que languidece sobre la almohada! Cierra los ojos para no verlo y divisa allá á lo lejos, tras la niebla de los años, bajo un cielo de turquí sembrado de girones vagabundos de albo tul, un rebaño de ovejillas custodiadas por un can, y sobre la verde y blanca alfombra, á la sombra de un maitén coposo, un muchacho andrajoso que charla y ríe con una niña pequeñísima sentada cerca de él. "Mariquita", murmuran los labios inconscientes y una sonrisa de dulzura inefable irradiaba el rostro del campesino al contemplar á la hermanita amada que treinta años antes había seguido sollozando al campo santo de Imperial; extiende la diestra para tocar la negra cabellera enmarañada y el frío madero del catre con que tropieza, ahuyenta la visión.

Ahora, es una noche destemplada de un invierno crudo. Dos jinetes: un mocetón fornido de unos veinte años y un viejo vigoroso vestido con la alta rodillera, el poncho corto y sombrero de anchas alas del vaquero chileno, atraviesan la desolada pampa argentina en rápido galope, al boliche donde han tenido noticias que se trata de ultimar á su patrón. Ya se acercan sigilosos, ya divisan al través de las endrijas los rostros feroces de los jugadores, el montón de oro frente al sentenciado y á su espalda el gaucho ruín que levanta la corva cuchilla fratricida.

Lanza tremenda imprecación el viejo capataz, abalanzanse al interior los dos, trábese terrible lucha de siete contra tres, que termina con la fuga de los gauchos, no antes de haber hundido el puñal en el pecho del viejo fiel, y él, el mocetón de aquellos tiempos, ha cumplido la promesa hecha á su padre moribundo aquella noche de pavor: ha servido con fidelidad y perdonado muchas veces la vida al nuevo amo, á ese que ha poco le robara el amor de su Fidela. Ronca queja hincha el pecho hirsuto, crujen los nervios de acero del soñador que casi despierta en su acceso de cólera.

Por sus párpados entreabiertos divisa la llama mortecina del lamparín que crece, enrojece y se dilata hasta envolver al mundo en un fuego ardiente, rugidor. Blancas masas de humo se desprenden de la inmensa hoguera atronadora, salvan el horizonte ensangrentado y hienden las nubes en vertiginoso ascenso al cenit lejano, arrastrando entre sus pliegues las quejas lastimeras de millares de gargantas sufrientes.

Alza la frente el campesino y sus labios temblorosos murmuran: "Misericordia, Señor".

Como si el Eterno respondiera á su plegaria, calma el fragor y lluvia benéfica desciende sobre los mundos encendidos; divídense los cielos y de la ancha brecha azul, bajan lentamente millares de espíritus alados que circundan la cabaña y penetran á su interior. Uno de ellos, el más hermoso, se inclina blandamente sobre el lecho de la enferma, y, los brazos extendidos, modula á sus oídos palabras de consuelo y de perdón. Nicasio, Benito era del patrón. . . . Las palabras apenas pronunciadas, desbandan las huestes celestiales y despiertan al labriego que ha oído esta confesión acongojada noche tras noche, desde el día en que abrió un instante y cerró para no abrirlos más sus ojos acusadores, el niño hermoso que tan caro había costado á esta mujer, y sin embargo no tuvo para ella una sola palabra de reproche ni desdén. "Sí, hijita, ya lo sé", fué todo lo que dijo, envolviéndola en sus brazos, y ahí, sobre el corazón que había herido, la estrechó con amor.

Así los encuentran los rayos pálidos del naciente día, la médica, el compadre, los vecinos: á ella, yerta; á él, tranquilo y sereno, fuerte en la certeza de que el secreto doloroso de sus vidas irá á la tumba que le oculte la forma frágil de la mujer amada.

Jacinto Benavente

A PROPOSITO DE LA RECIENTE PUBLICACION DE SUS CRONICAS "DE SOBREMESA"

¡Un libro más de Jacinto Benavente! Nadie se extraña al oír esto. Ha publicado tantos y tan buenos el ilustre dramaturgo, que ya no nos admira un libro más.

Ya son colecciones de sus obras de teatro, nuevos estrenos, artículos que todos los periódicos reproducen cuidadosamente, cuentecillos, anécdotas, crónicas, un mundo de producciones, en fin.

Hoy acaba de llegar á las mejores librerías de Santiago un volumen elegantemente impreso —y qué otra edición podía hacerse á este aristócrata de las letras— que es la primera serie de sus charlas, que con el modesto título "De sobremesa" publica en "Los Lunes de El Imparcial".

¿Hay alguien que no haya leído alguna vez siquiera ese comentario exquisito, sobre cualquiera cosa, sobre graves asuntos de gobierno, sobre toros, sobre encajes femeninos, sobre arte, sobre literatura, que encierran estas deliciosas charlas De sobremesa?

Si á Benavente vale la pena de oírlo mucho en el teatro, de oírle con distinguido y beato recogimiento algunas de esas comedias que se llaman "Rosas de Otoño", "La Gata de Angora", "Lo Cursi", "Los



"Ganarse la vida".—Niña Garcés, señor Porredón, señora Fernández, señoritas Rodríguez y Xifrá.

Benavente, que había nacido con el galano y delicado espíritu francés, bajo el sol de España, empezó la labor casi solo, porque los que le acompañaban, en ningún

parecer, que nada desarrollaba. Las plateas de "Lara" y "La Comedia" apenas si comprendían lo que pasaba en el palco escénico, apenas si de butaca á butaca, un gesto de mujer, un guiño de ojos demostrando perplejidad. Butacas altas: indiferentes; galerías: protestando ante aquel tejido de escenas simples y de una factura que no era la acostumbrada hasta entonces.

Verdad que aquel teatro no era enteramente nuevo, ni podía serlo en su total; porque, ¿quién es aquel que hoy encuentra una novedad así? Aquel teatro ya se desarrollaba bajo amables auspicios, en benéfico ambiente, tras los Pirineos; pero los españoles no lo sabían, porque la mayoría de los españoles sólo leen revistas taumáticas, y porque más les preocupaba la faena en la plaza de un Bombita ó un Machaquito, que las comedias de un Lavedán, de un Capus ó un Paul Hervieu.

Por esto, la obra primera de Benavente se recibió con un encogimiento de hombros ó con un "no está mal escrita", que es el principio del triunfo de toda gran personalidad en el teatro. Pero en Jacinto Benavente había una fe profunda y una vocación sincera, y espiaba la lenta pero segura educación de aquel público de toros admirador de los Bombitas; porque, como él dice, "las letras dan para vivir á aquellos que le consagran toda su vida".

Su triunfo fué abriéndose camino, y ya cuando los discípulos le seguían los pasos, aquello fué la consagración definitiva.

Se ha dicho que Benavente no ha hecho otra cosa que imitar á los franceses. Es la



Señor Portillo, señorita Mateos, Jiménez y Xifrá, niños Aroca y niña Garcés, y señorita Rodríguez.

malhechores del bien", "Más fuerte que el amor", para gozar con la aristocrática distinción de ese teatro en donde al través de miles y miles de páginas, los oídos más refinados no pueden encontrar una sola palabra de mal gusto; también es encantador leerlo en estas crónicas "De sobremesa", que es donde más sin trabas está su espíritu, con traje de casa, pero siempre elegante, hablando de todo, de asuntos graves como de asuntos frívolos, pero poniendo en todos ellos la nota chispeante de agudo ingenio, de malicia de buen tono que envuelve siempre bajo una frase ligera y correcta.

La personalidad de Benavente es hoy tan conocida en España como la de Echegaray, y creo que muy pronto, atendiendo al rápido desenvolvimiento de este ingenio, lo será en toda Europa, como lo es hoy en América.

El triunfo de su teatro no ha sido fácil. Empezó á escribir en una época en que España atravesaba por un período poco propicio para su teatro artístico. Estaban muy aferrados los espíritus todavía al teatro antiguo, de intriga, de tesis, ese teatro en que se declamaba y moralizaba en verso, en que los actores abusaban de rancios recursos escénicos, y para arrancar un aplauso "al paraíso" se lanzaban á las canchales mascullando una frase y con el rostro amoratado por un dolor que pudiera llamarse "de utilería".

caso tenfan la potencia creadora y tan claro el sentimiento del arte escénico, del arte de la vida, como él. Al principio, silencio ante aquel teatro que nada decía al



"El príncipe que todo lo aprendió en los libros".—Señor Porredón, señorita Rodríguez y señor Venegas.

eterna y odiosa cantinela, la de imitar, imitar siempre, cuando con esto sólo se consigue el conceder talento, el gran talento de asimilación, que tanto en pintores como en literatos, es la mejor cualidad que puede tener un hombre. Todos, absolutamente todos, en cualquier orden de cosas, asimilamos; lo importante es volver propia aquella asimilación.

Benavente desarrolló su espíritu francés, en asuntos de su patria. Quien diga que imita á los franceses, se equivoca lastimosamente, porque desde luego en su teatro hay ambiente español, y tipos, caracteres, personas de la tierra; mientras que en el teatro francés hay situaciones, y flota el ambiente de la sociedad francesa, con tipos que en general sólo sirven para dar más impresión á ese ambiente.

El dramaturgo de que hablamos es hoy día la gran personalidad del teatro español contemporáneo, la que siempre está de actualidad, porque siempre está en perpetua producción, con una fecundidad que asombra. A nadie se le comenta más en pasillos de bastidores y en camarines de actores; no hay quien no sepa una frase ingeniosa de él, una de esas frases agudas y punzantes dichas con el más fino espíritu.

Se creerá que el autor es un gran charlador, uno de esos individuos de sangre española que hacen gala de su verba en vestíbulos de teatros y cafés; nó, se equivocan los que así creen. Es un silencioso, un meditativo casi. Habla cuando le pregun-

tan, cuando le pinchan su amor propio, y como los interesados en oírle son muchos, le pinchan muchas veces. Y de ahí salen los chistes llenos de gracia ingeniosa, de intención, y tan finos, tan elegantes, para ser contados en perfumadas alcobas de mujer ó de pie en los mesones niquelados de los restaurantes elegantes.

¿Que la personalidad de Benavente tiene mucho de femenino, que sus mujeres hablan mejor que los hombres de sus comedias, que eso es una prueba de su falta de vigor, de hombradía...? No sé qué respondería el ilustre autor si oyese estos ataques. De seguro, él que tiene frases para todo, con mayor razón tendría para defenderse de ataques cándidos.

Su temperamento delicado y exquisitamente artístico, no puede acusar debilidad. Ahí está "Más fuerte que el amor", lleno de fuerza pasional. ¿Que comprende mejor á las mujeres que á los hombres? No es verdad, puesto que en sus comedias hay caracteres masculinos tan profundos, que no pueden olvidarse. Recordemos el enfermo del hígado del "Nido Ajeno" el delicioso y verdadero don Eliodoro de "Los malhechores del bien".

Las mujeres hablan muy bien, acaso demasiado bien, se ha dicho. Y nada más natural. ¿Quién supone hablando mal á una marquesa madrileña que frecuenta la Corte, y mucho menos si Benavente corrige aquel lenguaje? Y esto de corregir, está muy en razón, porque el que es artista y tiene buen gusto, está en la obligación de

suprimir las chocarrerías. El arte junto con copiar la vida, debe embellecerla. Jamás sufro tanto como cuando en la escena de un teatro oigo que un personaje dice una palabra de mal gusto. Me parece que soy cómplice de aquel atentado...

No hace mucho tiempo, Benavente fundó en Madrid el teatro para los niños, en el "Príncipe Alfonso", un teatro sencillo, con algo de fábula, para interesar á los espíritus infantiles que empiezan la vida. Las primeras representaciones fueron "Ganarse la vida" y "El Príncipe que todo lo aprendió en los libros". Fué un gran éxito, y en vista de éste, otros autores lo siguieron.

Otro de los grandes éxitos que ha tenido últimamente es la comedia en tres actos "La Escuela de las Princesas", sátira finísima á la monarquía, hecha con gran conocimiento de la escena y con ese mismo arte encantador que ilumina todo su teatro, arte en la frase, en el diálogo, en los asuntos.

Pronto tendremos ocasión de apreciar el arte benaventino en todo su esplendor, viendo á Rosario Pino y á Thuillier. Esta actriz, dadas sus magníficas dotes de finura y flexibilidad escénica, de elegancia y sentimiento, podrá presentarnos aquellas encantadoras mujeres que muchas veces nos han hecho soñar, mujeres frágiles como flores, seductoras como la pasión misma.

GABRIEL DEL MAR



ESCENA DE CAZA

"UN EXAMEN DE CONCIENCIA"

ENTREMES

estrenado en el Teatro Municipal por los señores Thuiller
y Rosario Pino, en la noche del 20 de Junio de 1910.

PERSONAJES:

Julia, madre de Belina; Belina; Emilio, novio de Belina.

(La escena representa un saloncito de buen hotel, con vista al jardín).

ESCENA I

Julia, que está sentada leyendo, es luego interrumpida por Emilio.

EMILIO.—Buenas tardes, prima. ¿Estás sola? Y tu hija; tu Belina, digo mi Belina; ¿dónde está?

JULIA.—Aguarda que aún no es tuya.

EM.—Pero lo será.

JUL.—Así me va pareciendo. Mi única hija enamorarse de un hombre como tú. Si la suerte que tú tienes!...

EM.—Me la merezco, Julia. Para algo he esperado tantos años sin que ninguna mujer me haya merecido.

JUL.—Anda, fatuo, que es tuyo el reino de las mujeres porque entras á la batalla creyéndote vencedor.

EM.—Lecciones de Napoleón. La fe es el blindado de las almas bien puestas.

JUL.—Dices bien...

EM.—Bueno. ¿Y dónde está Belina?

JUL.—Belina está loca. Es la muchacha más nerviosa. Va á confesarse mañana y está llena de aprensiones. Sus escrúpulos son para morir de la risa. Imígnate que anoche me ha despertado veinte veces para preguntarme si no es pecado mirar de frente, tomar aperitivos, rodar en patines, jugar ruleta, desear ser cachetona, mil tonterías por el estilo.

EM.—Qué gracioso! ¿Pero dónde está?

JUL.—Anda por el jardín haciendo examen de conciencia.

EM.—¡Propio de ella buscar las espinas entre las flores!

JUL.—Dijo que iba á prepararse.

EM.—Mira tú que trabajo. Examinar esa conciencia más limpia que el agua de la vertiente!...

JUL.—Pero es curioso el temperamento espiritual de esta muchacha; cada vez que se confiesa se agita tanto...

EM.—Es necesario distraerla; sacudirle un poco esa impresión de fanatismo que la perturba.

JUL.—Tienes razón, pero no es fácil...

EM.—Una idea. Una broma. Vete á tu dormitorio, y yo voy á disfrazarme con el hábito del padre José, mi amigo que llegó anoche; y la haré creer que vengo á ayudarla en su trance místico.

JUL.—Te reconocerá al momento.

EM.—Compraré unas patillas muy largas en la peluquería del frente, y unos anteojos negros.

JUL.—No olvides que es muy lista.

EM.—Pero ya verás. Aprovechando esta media luz...

JUL.—Qué solterones éstos! Siempre se creen en los quince! (Saliendo). Aún no se te quita lo chirigotero...

EM.—Vamos, qué te importa. Vete á tu dormitorio y yo vuelvo en seguida.

JUL.—Bueno, hijo, vamos allá. (Sale).

EM.—(Saliendo por otra puerta). Hasta luego, hasta luego.

ESCENA II

(Belina entra á la escena leyendo en un libro de misa, y luego, como meditando, dice:)

BEL.—Ver... oír... oler... gustar... y galpar... Gustar? Yo no soy glotona. Palpar? Vamos... que cuando Emilio me toma de las manos... ¿será pecado? Oler? Yo no tengo la culpa de oler tan mal en Santiago: ese es pecado del alcalde. Oír? Yo oigo pelar mucho, pero yo no pelo á nadie. Aunque ese tampoco debe ser pecado, porque de mis tías las más beatas, las que más se confiesan son las más peladoras. Ver? Yo no he visto nada feo sino en el Museo de Bellas Artes. Digo malo, no sé si feo. Había tantos mármoles desnudos...

ESCENA III

(Entra Emilio con un mantón de fraile, y dice, interrumpiendo el monólogo anterior:)

EM.—¿Se puede?

BEL.—(Inclinándose). Señor... adelante.

EM.—Justamente es á tí á quien deseaba encontrar.

BEL.—¿A mí? ¿Tanto honor?...

EM.—Emilio, mi buen amigo, y confesado desde hace muchos años, me ha pedido que baje á este departamento, que pregunte por la señorita Belina, la cual, á no dudarlo, eres tú, para ayudarla en esta situación de espíritu que la tiene sobrecogida por tener que comparecer mañana ante el tribunal de la penitencia.

BEL.—¿Y cómo lo ha sabido Emilio?

EM.—Entiendo que venía de encontrarse con tu madre.

BEL.—Pues bien, sí, señor. Voy á confesarme mañana, y no sé por qué, porque yo no me creo muy pecadora, me siento muy nerviosa. Esto de tener que decirle todo á un sacerdote, á un hombre que nunca ha estado de novio, y que por consiguiente nunca ha podido saber lo que es estar de novio, es horrible, señor; es espantoso.

EM.—No lo creas, hija mía. ¿Podrías decirle á tu novio lo que á mí?

BEL.—No, señor, yo soy muy corta. A mi novio yo no le he dicho siquiera que le quiero. No me atrevo.

EM.—Ya tú ves. Luego es más fácil decirselo al confesor.

BEL.—Sí, pero... otras cosas...

EM.—Por ejemplo... Pensamientos...

BEL.—Tantos, tantos.

EM.—¿Deseos?...

BEL.—Menos que él. Menos, menos.

EM.—¿Palabras?

BEL.—Oh, ninguna, señor, ninguna. Yo creo que el amor cuallo más en silencio se transmite, más hondamente hiere.

EM.—¿Le has besado?

BEL.—En la frente. Como á mi padre. Es veinte años mayor que yo.

EM.—¿Y no hubieras querido que ese beso se hubiese resbalado?

BEL.—Señor, señor. Pero por Dios, qué va á quedarme para mañana á este paso.

EM.—Poco, poco. Esos no son pecados,

hija mía. ¿Tienes algo que te remuerda en la conciencia?

BEL.—Sí, señor. (Ingenuamente). Yo soy adúltera porque adultero la verdad. Digo que tengo 18 años y tengo veinte; digo á mi novio que nunca he querido á nadie, y eso no es verdad.

EM.—(Sorprendido). ¿Sí...?

BEL.—Que también quise mucho á Juanito...

EM.—¿A Juanito?

BEL.—Era natural. Me regaló un gato tan lindo. ¡Mi pobre Mushi!

EM.—¿Murió tu pobre Mushi?

BEL.—Sí, señor.

EM.—Y cuando murió tu pobre Mushi ¿dejaste de querer á Juanito?

BEL.—Sí, señor. Yo me sentía casada con Juanito cuando vivía Mushi. El era su padre y yo su madre: teníamos ese hijo. No me lo recuerdo usted que me da pena.

EM.—¿Sufriste?

BEL.—Me acuso, señor; de haberme querido suicidar.

EM.—¿Cómo?

BEL.—(Observándolo fijamente). Con cascarilla. Creí que era veneno un remedio que mi mamá tenía para el pelo. (Me está pareciendo).

EM.—¿Le has contado estas cosas á tu novio?

BEL.—(Te las cuento ahora, tonto). No, señor. Mi novio es... muy viejo para comprender la emociones de mi corazón.

EM.—Ah, hija mía. Tu corazón es una llama de aceite colocada al pie del tabernáculo. Eres divina. Eres ingenua como un pajarito. Tienes más bondad que las flores en tu belleza de mariposa. Ni siquiera tienes el instinto del pecado.

BEL.—(Reconociéndolo: Ah, pillo. Ya verás). ¿Usted lo cree? Entonces no tengo motivos para temerle al infierno?

EM.—Oh! Entre los ángeles del Cielo habrá cuatro ó cinco mejores que tú. Los demás, no lo pienses. Mucho peores. Serán así como Emilio.

BEL.—¿Pero entonces Emilio es tan bueno como para irse al Cielo?

EM.—Por supuesto.

BEL.—¿Usted lo cree?

EM.—Seguramente.

BEL.—Entonces no me caso. Mucho mejor que nos juntemos allá; allá la felicidad es eterna. No hay para qué precipitar las cosas. Yo quería casarme con Emilio porque como él es tan viejo y está tan solo... Pobrecito!... Me daba pena.

EM.—¿Pero acaso tú no estás enamorada?

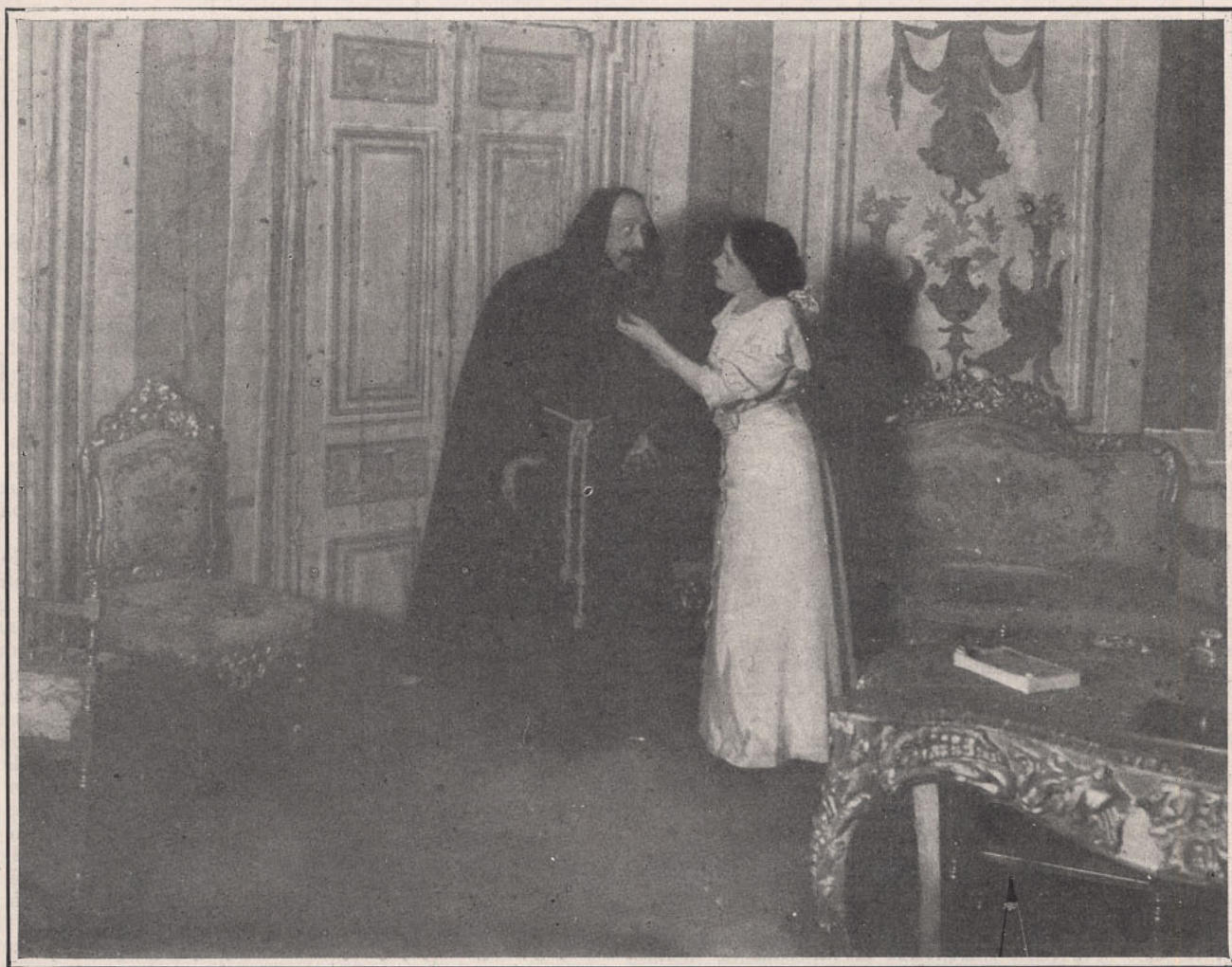
BEL.—Cá, no, señor. Yo le quiero mucho, pero, no sé por qué. Emilio se me imagina una imagen de San Antonio. Me parece que cualquiera que deseara casarse, no tendría más que hacerle una novena y la imagen le daría un novio. Si no hubiera hombres solteros á esa edad, no haría milagros San Antonio.

EM.—¿De manera que te vas á casar por caridad?

BEL.—(Con coquetería). Señor confesor...

EM.—(Imperiosamente). Pero eso no lo puede aceptar un hombre digno.

BEL.—¿Entonces usted cree, señor, que un hombre enamorado tiene dignidad? Pien-



"Y capaz de cambiarle la tortilla á cualquier bribón, ¿me cree usted, señor confesor?"

sa usted que Emilio la tiene? Podría Emilio estarme oyendo estas cosas y yo estaría segura que me las iba á perdonar...

EM.—¿Hablas en serio?

BEL.—Ya lo creo. Si creo que Emilio es un écnico muy grande.

EM.—Pero criatura. Piensa que al principio de nuestra conversación no hablabas de ese modo. ¿Por qué, vamos á ver, por qué me has engañado?

BEL.—No, señor. Yo le he dicho que Emilio me despierta muchos pensamientos, eso es verdad, pero son pensamientos filantrópicos; algo así como á las monjitas de caridad el hospital de ancianos. Cuando le veo con la jaqueca; oh, entonces lo adoro; quisiera ser su mujer para levantarme dos ó tres veces en la noche, entumidita de frío, á abrigarlo, á cuidarlo mucho. Oh, la satisfacción del deber cumplido es lo más ideal.

EM.—¿De manera que sus atractivos de hombre, de caballero, de enamorado, no te han atraído jamás?

BEL.—Tonterías! Mucho más me atraen los atractivos de Joaquín, su hermano menor. Es tanto más buen mozo... Emilio es fatuo, es suficiente, es pretencioso...

EM.—Pues entonces haces muy mal en engañarlo, y haces peor en casarte con él.

BEL.—Pues... (Encogiéndose de hombros).

EM.—Bueno, bueno, pero...

BEL.—No hay cuestión. Está decidido. No me caso. Mi madre se fastidiará un poco, porque como es su primo y le quiere... Ella necesitaba un administrador, un hombre en casa, vamos, un mayordomo. Pues toma á otro y en pas.

EM.—(Indignado). Y tú... tan tranquila...

BEL.—¿Y?... Si usted supiera! Yo por modestia no digo nada. Hay un muchacho muy guapo, de muy buena familia, joven, ese sí que puede ser mi marido.

EM.—De manera que...

BEL.—Que no me caso, sí. Así hago bien, ¿no es verdad? Así tendré también mi conciencia más tranquila.

EM.—Niña, niña...

BEL.—¿Qué puedo hacer!

EM.—Pero es necesario que se lo digas hoy mismo.

BEL.—¿No me haría usted el favor, señor, de decirse de mi parte? Yo no tengo palabras...

EM.—Por supuesto. Pero esto no puede quedar así.

BEL.—¿Será este un pecado del que tenga que acusarme mañana?

EM.—Mortal, mortal. No lo habría creído nunca.

BEL.—¿Entonces usted piensa ahora que habrá más de cuatro ó cinco angelitos en el Cielo mejores que yo?

EM.—(Maliciando que ella lo ha descubierto). Pienso...

BEL.—¿Y que no soy tan ingenua como los pájaros, ni tan pura como las flores, ni tan bella como las mariposas del jardín?

EM.—Dudo...

BEL.—¿Ni que soy digna de la absolución de usted?

EM.—(Ah picarona, me habías descubierto). Temo...

BEL.—(Con mucha coquetería). ¿No me cree usted tan buena?

EM.—No tanto...

BEL.—¿Ni tan sincera?

EM.—(Apasionadamente). ¿Quién sabe!...

BEL.—¿Ni enamorada?

EM.—Vamos...

BEL.—¿Me usted cree mala?

EM.—Traviesa.

BEL.—¿Y coqueta?

EM.—Mucho, mucho.

BEL.—(Cambiando de tono y avanzando hacia él para arrancarle las patillas al terminar la frase siguiente:) ¿Y capaz de cambiarle la tortilla á cualquier bribón, me cree usted, señor confesor?

EM.—(Abriéndole los brazos). Si te creo, muchacha encantadora! si te creo, alma mía! Ni aún por éstas (indicando el hábito) he podido descubrir tu examen de conciencia!

TELON RAPIDO

LA CIUDAD DE SANTIAGO

SUS PLANOS Y TRANSFORMACIONES

(Véase la primera parte en "Selecta" de Abril y Junio)

En el incendio del edificio Municipal (1885) se quemaron los planos del Santa Lucía, los proyectos de canalización del Mapocho y del Camino Cintura, etc. etc. Pero el Intendente Vicuña Mackenna había conservado, de su estado mayor de ingenieros, copias, bosquejos y fotografías, que nos dan una idea de lo que no se alcanzó a hacer, de lo que quedó en proyecto.

Vicuña Mackenna reunió un grupo de artistas y de ingenieros franceses: los señores Ausart, Champy y Berton, los cuales prepararon un plan de transformación de la ciudad verdaderamente admirable. Si la salida del Intendente, debida a la política, no hubiera hecho perder el orden y el impulso, los citados artistas habrían llevado a efecto su plan y Santiago hubiese quedado convertido en un pequeño París.

Esos proyectos eran tan sencillos como hermosos. Una ancha avenida, como la de la Opera en París, como la de Mayo en Buenos Aires, y la Central de Río Janeiro, cruzaba el centro comercial, partiendo las manzanas entre Ahumada y Estado, entre Puente y 21 de Mayo, desde el río a la Alameda.

Con esto se alcanzaban, desde luego, dos grandes ventajas: se extendía el valor de la propiedad que está, en esa parte, muy concentrado, y se daba a ese foco una vía de respiración.

Del término de esa avenida (sitio del Mercado Central), los arquitectos franceses atrancaban otra, diagonal, ancha como los Campos Elíseos, la cual remataba en la rotunda de las Cajitas de Agua (hoy Ferrocarril de Pirque).

En esa rotunda se formaba un círculo extenso, en cuyo centro habríase levantado un arco a la gloria del Ejército de Chile. Y ese arco romano, en esa parte alta de la ciudad, después de la guerra del Pacífico se hubiese enriquecido magníficamente. Habría sido esa rotunda como una reproducción de la Plaza de la Estrella en que rematan los Campos Elíseos de París. Seis avenidas parten de ahí como los picos de una estrella: Alameda, Providencia, Monjitas, Avenida Oriente (hoy Vicuña Mackenna), y dos más hacia el río.

Así, con la avenida en el centro comercial y la otra al través de los terrenos del Mapocho, quedaba reproducido en el centro y en el oriente de Santiago el ángulo admirable de los Campos Elíseos y de la calle Royal.

Vicuña Mackenna dejó la Intendencia, y esas ideas quedaron abandonadas. Fue una desgracia que el programa completo de esa extraordinaria administración no se cumpliera. Habrían bastado diez millones de pesos. Hoy, dado el aumento del valor de la propiedad que habría que expropiar, cien millones no bastarían.

Cada vez que se hable de una verdadera transformación de Santiago a ese proyecto habrá que volver. Es el más grandioso y el más apropiado al terreno. Transforma la ciudad actual en una visión admirable. La encantada perspectiva de París, desde la Magdalena hasta el Arco de Triunfo, se reproduce en el ángulo que parte de San Francisco al Mercado Central, y de ahí, por los terrenos del Mapocho, hasta la estación de Pirque.

Al figurarme eso realizado siento una exhalación de orgullo. Creo, por un momento, que somos nosotros quienes reproducimos en las laderas de los Andes el cuadro maravilloso que Pericles realizó en las faldas del Acrópolis, y después los dos Napoleones en las colinas del Sena.

• •

Fue enorme el impulso que la intendencia de Vicuña Mackenna le imprimió a la ciudad, demasiado grande. El genio de un hombre llevaba las cosas más allá de su punto normal. El erario del Municipio quedó en completa penuria. Sobrevinieron, en 1878, una crisis económica general y peligros de guerra con la República Argentina. Esto se transformó, de pronto, inesperadamente, en la guerra con el Perú y Bolivia. Fue largo. A la guerra del Pacífico se sucedieron las agitaciones político-religiosas de 1885 (cementerio laico y matrimonio civil). Y todo remató en la revolución de 1891. Durante quince años no hubo atmósfera propicia al desarrollo y al embellecimiento de la ciudad.

• •

Se presentó un proyecto de reforma de la constitución municipal, proyecto de índole democrática: la comuna autónoma. El jefe del

partido conservador, don Manuel José Irrazábal, creador del proyecto, lo sostuvo hasta convertirlo en ley, después de 1891.

Se dotó a cada comuna de una Municipalidad independiente. Separando del Gobierno las administraciones locales, se daba un paso hacia la descentralización tan necesaria para la mejor vida de la democracia. Los conservadores se honraron patrocinando esa ley que debió ser obra de los radicales. Hay que explicarse esto, recordando que el Gobierno, desde la administración Pérez (1860), venía siendo netamente liberal. Les convenía a los conservadores descentralizar para disminuir el poder del Gobierno.

Aunque obra de los conservadores, dado el carácter de la ley, ni liberales ni radicales podían resistirla. La Comuna Autónoma se hizo ley de la República. Sus consecuencias, desde luego, han sido malas, y lo serán hasta que no sea superior la cultura general del país. El personal de las antiguas Municipalidades se reclutaba, por medio de la intervención gubernativa, entre los elementos más cultos. La influencia del intendente era omnímoda. Ahora cada Municipalidad, de cada comuna, se elige por elección libre; los alcaldes son electivos dentro de la corporación, i necesitan, para mantenerse, del favor de la mayoría; si la mayoría cambia, el alcalde cae. La elección libre lleva a los Municipios toda suerte de individuos tan populares como faltos de cultura, incapaces de regir con ventaja los intereses artísticos de la ciudad, incapaces de tenerla limpia (de lo cual ellos mismos son incapaces), é incapaces de ser correctos. Las Municipalidades vivieron embargadas. Durante estos diez años el progreso local fue casi nulo. Se hicieron disparates. La buena gente se alejó de las urnas municipales.

No obstante, es de creer que la ley de comuna autónoma con la prácticas, llegará a dar buenos resultados. La ley es buena. Los malos han sido hasta ahora los encargados de cumplirla. Cada cosa tiene su noviciado. Aunque esto ya va largo, tengamos paciencia, espere-

mos. Este noviciado de la nueva ley municipal puso muy en peligro el carácter ateniense de la ciudad de Santiago. Se han hecho disparates muy caros. En lugar del procenio de un delicioso teatro de verano en una de las plazuelas del Santa Lucía,—donde cantó sus coplas la inolvidable Miola,—se puso un gran teatro, de edificación pesada, que priva del grandioso horizonte y hace daño a la gracia de la montaña. Otro alcalde, gastando una enormidad de dinero, donde a poco costo se hubiera hecho un faldeo apropiado y bonito, le puso al Santa Lucía una escalera como la de Fontainebleau, un arco como el de Tito, una especie de reducción de "los grandes trozos de la historia". A la entrada de ese monte, cuya belleza está en lo aéreo, en lo pintoresco, nada puede darse más pesado y fuera de lugar que la célebre escalinata del alcalde Arce.

Uno de estos mandatarios locales le mandó hacer a un albañil una estatua de la República amaestrando un cóndor, i la puso en la cima de esa severa y hermosa "columna de los escritores", de estilo puro, hecha para honrar la memoria de ilustres chilenos. La dicha estatua era de cieno Portland y tan tosea como un ídolo indio. Fue un atentado que nadie pudo soportar (¿cómo sería?). Al poco la República y su cóndor bajaron vergonzantes. Fue la célebre historia de "la mona verde".

Innumerables ridiculeces realizaron en el Santa Lucía los ediles de comuna autónoma. Como un intendente y sus ingenieros habíanse hecho célebres creando ese paseo, en el mismo paseo quisieron hacerse célebres los alcaldes y regidores. Lo llenaron de charrerías y de adornos. El ingenioso y elegante francés Andrés Bellessort, en su obra "La Jeune Amérique", encuentra al Santa Lucía,—tal como lo pusieron los ediles de 1895,—parecido a una azucarera de mal gusto. Las reproducciones de obras clásicas encargadas por Vicuña Mackenna a la fundición del Val d'Osne (Francia), fueron pintadas con diversos colores. Ví un león de bronce con la melena dorada a fuego y los ojos azules. El admirable paseo fíase convirtiendo en una torta de nugal, ó en uno de esos "nacimientos" que el arte monjil arregla con angelitos de cera y ramilletes de papel.

Se había dado en cambiar los nombres seculares é históricos de muchas calles por nombres nuevos y dudosos. Nada es más cursi que esto, nada más contrario a la nobleza tradicional de una ciudad. Borrando los antiguos nombres se borra la historia y queda la ciudad como una advenediza.

Sin embargo, algo bueno se hizo en esos malos diez años: la Plaza de Armas en su condición actual, el jardín del Congreso, el Parque Forestal, las avenidas del Mapocho etc., etc.

Bajo la Administración de don Federico Errázuriz (hijo), las cosas comenzaron á reaccionar. El exceso del mal sacudió la indiferencia. Se presentaron á las elecciones municipales personas distinguidas, preparadas para deshacer los entuertos.

Los incendios se habían encargado de hacer algo. Los incendios, intencionales ó casuales, han ayudado eficazmente á la modernización de la ciudad. Sin los incendios, ¿cuánto no quedaría todavía del tiempo de la colonia? Somos un pueblo liberal pero un profundo conservantismo nos domina en lo tocante á edificios. No somos incapaces de construir, pero somos incapaces de demoler. Para reemplazar lo viejo necesitamos verlo caído, ó que se queme. Si en los edificios este conservantismo arrecia, no deja de hacerse sentir en todas las ramas de la vida. Cuánto nos cuesta renovar una ley anticuada! Este es un lote pesado de la herencia española...

Volviendo á los incendios, diría,—si no fuera paradójal decirlo,—que tanto han hecho y hacen por el embellecimiento de Santiago, que bien podría, más tarde, en el centro de la capital renovada,

en los últimos cinco años, lo pudieron notar mejor. En esos cortos años se edificaron no menos de trescientos edificios de valía. Están en obras nuevos palacios fiscales, como la Estación del Mercado, el palacio de Bellas Artes y los Tribunales. Se ha hecho el alcantarillado y se extiende la pavimentación con asfalto Trinidad, requisitos indispensables de comodidad y de higiene en toda ciudad de grandes proporciones. La transformación continúa su marcha agigantada. No parecería sino que quisiéramos igualar á Buenos Aires. Para esto hicimos venir, en 1907, al señor Thais, ingeniero francés al servicio de la Municipalidad de Buenos Aires, para pedirle el secreto de la gran belleza de aquella capital. Cuando tengamos ese secreto, nuestra capital será más hermosa que la metrópoli argentina. Los palacios de aquella no reposan en un valle como éste, á la sombra de montañas majestuosas.

Existe la idea de unir, por medio de una avenida que orillee la falda occidental del Santa Lucía, la Alameda de las Delicias con el Parque Forestal. Será muy hermoso y benéfico. El Santa Lucía dará todo su valor quedando aislado. La más linda avenida de



Don Benjamín Vicuña Mackenna en los trabajos del Santa Lucía (1872)

levantarse un monumento que fuera la imagen de una llama depuradora.

Desde que renació en la gente superior el entusiasmo por ser municipal, los incendios no trabajan solos. Ahora se demuele y se construye. Los habitantes de Santiago han vuelto á la obstinación por continuar haciendo una ciudad hermosa, una Atenas en la América Latina. La enorme riqueza del salitre y la agricultura, el alza del precio del cobre, lo que aumenta la fortuna, mezclándose con el acercamiento á Europa, con la vecindad de Buenos Aires que se traduce en rivalidad, han despertado en los santiaguinos un ardor de transformación y eración antes desconocido. Se edifican palacios y chalets en todas direcciones. La arquitectura se moderniza como en 1850 y se amplían los trazados como en 1873. La ciudad se llena de edificios modernos con los estilos de Berlín y de París,—las dos únicas ciudades que en la actualidad producen arquitectura. Ya no hay solamente arquitectos extranjeros, los hay del país y muy notables, como Cruz Montt, Larraín Bravo y otros. Se hacen jardines, plazas y barrios semejantes á esos *squares* que forman respiraderos en las grandes ciudades europeas. El movimiento es activo. Las personas ausentes de Santiago

América, la principal arteria de Santiago, quedará comunicada con el parque destinado á ser el pulmón de la ciudad. Se unen y armonizan los diversos órganos que forman la ciudad,—cuestión de anatomía urbana. Se hará otra avenida, de una enorme extensión, que tendrá, en línea recta, cerca de tres leguas, partiendo de Ñuñoa y rematando, por la calle Copiapó, en la Estación Central de los Ferrocarriles.

La ciudad es ya una capital moderna. Desde el Santa Lucía se le ve rodeada de parques, palacios, y de arsenales poderosos; salpicada de monumentos á héroes, estadistas, escritores y poetas, algunos de los cuales son obra de grandes artistas. Se ve un núcleo ricamente edificado á la moderna, con una que otra construcción, aplastada y maciza.

¡Cuán rápidamente se ha hecho esta gran ciudad! Desde que Valdivia puso la primera piedra, cuatro siglos aún no se han cumplido, que Santiago era una simple aldea hace apenas setenta años. Miremos la acuarela de Wood. Ved ahora la ciudad con su riqueza y su caserío de 400,000 almas; escuchad su actividad penetrada de ondas eléctricas. Dispone de todos los adelantos modernos. Las maravillas de la ciencia la hacen ser como una ciudad de Norte

América, y las del arte le conservan su hermosa característica de ciudad latina.

Colocada por Pedro Valdivia en el centro de un valle precioso, en tierra de promisión, todo le promete que será algún día lo que fueron las ciudades del Asia Menor, lo que fué Roma, lo que es París, el centro de una vasta humanidad civilizada. Ya, en tan corto tiempo se ha realizado una parte del ensueño. Continúa realizándose. Mirad las escuelas llenas de estudiantes, los barrios industriales que obscurecen el cielo con sus fecundas humaredas, y las canchas para los juegos atléticos. Hacia el oriente, en avenidas escalonadas en la falda de la cordillera, la ciudad se extiende en población de quintas (Vicuña Mackenna, Manuel Montt, Antonio Varas, Pedro Valdivia, Pedro Lucio Cuadra, Nuñoa, Los Guindos, etc., etc.) Esas calles son el ensueño que continúa, es la escala de la capital de Chile hacia la gloria de los Andes...

La ciudad de Santiago, tal como la hemos visto desarrollarse en esta breve crónica, es la síntesis de Chile, el resultado de nuestro progreso, la coronación de nuestros esfuerzos. Es también una brillante revelación de como continúa la cultura latina en el Nuevo Mundo. Es una ciudad reina: tiene la diadema excepcional del Santa Lueía. Con ella figura en el gran cuadro de civilización que un escritor ha llamado magníficamente: "El milagro de América".

B. VICUÑA SUBERCASEAUX



Mozo! Una BENEDICTINA

Los Perfumes Concentrados

"STILLI
FLORE"

de la Perfumería Oriza

Son los más exquisitos y los más persistentes.

Una sola gota basta para
perfumarse durante var os días

Probarlos es
adoptarlos

Se encuentran en venta
en las siguientes casas
del centro:

Sauveur Brun
Moutier y Cía.
Peluquería Jardel
Houssaye
Arm. Dumas

Cosme Vitagliano y C^o

Importadores de Casimires

Perú — Chile — Ecuador

Valparaíso

168, Victoria, 168

Santiago

III. Estado, III

Siempre nuevos arribos.

Esta casa tiene las mas altas novedades en Casimires Ingleses.

Constantemente enorme surtido.

Ventas por mayor y menor a precio sin competencia

III. Estado, III

casi esquina Alameda

CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior
á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON — PARIS.

